



SANTA TERESA DE JESUS

Y LA

CRÍTICA RACIONALISTA

SAZETA TERKISA DE HAJRIS

1871

CEZBE KADIN KIZI

S.^{TA} TERESA DE JESUS

Y LA

CRÍTICA RACIONALISTA

OBRA PREMIADA EN EL CERTÁMEN CELEBRADO EN SALAMANCA
EN 15 DE OCTUBRE DE 1882 CON MOTIVO
DEL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DE LA SANTA

POR

EL DR. D. JUAN MAURA

Lectoral de la Santa Iglesia de Mallorca

~~~~~  
*Con licencia de la Autoridad Eclesiástica*  
~~~~~

PALMA

TIPOGRAFÍA CATÓLICA-BALEAR

1883

S. TERESA DE JESUS

CRISTICA RACIONALISTA

UNA REVISTA DE CRISTIANISMO RACIONALISTA
DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS CRISTIANOS
Y RACIONALISTAS DE LA AMERICA DEL SUR

EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

(ES PROPIEDAD)



PROLOGO

HS sumamente difícil, y en gran número de casos imposible, aplicar el escalpelo de la crítica á los hechos psicológicos sobrenaturales que constituyen la esencia del misticismo ortodoxo. Las operaciones de la gracia en las almas que escalaron las excelsitudes de la vida mística, revisten, por su especial naturaleza, un carácter de subjetivismo que á veces las pone fuera del alcance de todo análisis filosófico; *que, como dice la extática Doctora avilesa, esto interior es cosa recia de examinar.*

Con todo, los fenómenos del misticismo ofrecen abundante materia á las investigaciones de la crítica, y le abren dilatados horizontes, algunos de los cuales, quizas poco explorados todavía, he

intentado recorrer ligeramente en este corto trabajo. Y no supone esto que desconozca las serias dificultades que es preciso vencer para llevar á buen término semejante empresa; ni que me haga la ilusion de haber podido superarlas.

Si álguien me objetase que peca de atrevido el plan que me he propuesto, ó que puede ser peligroso el punto de vista en que me he situado, le recordaría que la culpa, si la hay, no es mía exclusivamente; conmigo la comparte el autor del tema que ha dado ocasion á este pequeño ensayo. (1)

Creo, no obstante, que, por haber llevado la cuestion del misticismo al terreno de la filosofía, no he de merecer las censuras de quien sea medianamente conocedor de las necesidades de la época y el país en que vivimos. ¿Por qué razon habrían de estarnos vedadas á nosotros las armas que esgrime la crítica racionalista? ¿Por qué no hemos de esforzarnos en demostrar que el misticismo cristiano es una filosofía sublime que puede competir ventajosamente con todos los sistemas filosóficos del moderno racionalismo?

(1) El tema dice textualmente: «Cuando los racionalistas »conceden á Sta. Teresa de Jesus una gran facilidad y fuerza »de reflexion, y un conocimiento claro, exacto y profundo, de »las funciones y actos de su alma, nos ofrecen, aún bajo este »mismo punto de vista, una prueba concluyente para demostrar que la Santa Doctora estaba perfectamente dispuesta »para distinguir entre lo natural y lo sobrenatural, y que no »padece ilusion cuando nos habla de este segundo orden con »tanta seguridad como del primero.»

Más fundados serán, sin duda alguna, los reparos que se me hagan acerca de la forma un tanto irregular que he dado á esta obrita, añadiendo al final de ella unos apéndices que, ni por su extension ni por su número, guardan las debidas proporciones con el texto. Paréceme, sin embargo, que esta irregularidad está justificada por una razon poderosa.

Luchaba, por una parte, con el deseo de ofrecer al público mi trabajo tal como fué presentado al Certámen; y, por otra, con el de darle mayor extension, ya que á ello se prestaba la materia. Para conciliar estos dos extremos, creí que la forma que he adoptado, era la más adecuada; porque, intercalando en el texto primitivo los artículos del apéndice, lo cual se conseguia con sólo añadir algunas cláusulas de enlace, tal vez hubiera distraído la atencion del lector con ideas secundarias, que, si bien relacionadas íntimamente con el asunto principal, no servirían, en mi concepto, más que para entorpecer la marcha de la argumentacion. Ésta, libre ahora y desembarazada de todo lo que es accesorio, queda ceñida estrictamente á probar la tésis planteada en el tema.



The first part of the paper is devoted to a general
 introduction of the subject. The second part
 contains a detailed description of the
 various experiments which have been
 made. The third part is a discussion
 of the results obtained. The fourth
 part is a summary of the work.





INTRODUCCION

HACE algunos años que el racionalismo empezó á recoger las innobles armas que solía esgrimir á menudo en sus combates con la fe. El chiste insulso y grosero, la sátira maliciosa, la vil calumnia, cayeron en descrédito, para ceder el lugar á la crítica concienzuda y á la discusion noble y mesurada. Verdad que no han abandonado el campo todavía, ni probablemente lo abandonarán jamas, las pasiones astutas y habilidosas, que, vistiendo el brillante ropaje de la ciencia, y pidiendo armas prestadas á la razon, perpetúan entre nosotros

la porfiada contienda. Pero, así y todo, ¿acaso no es preferible contender en ese terreno, á donde se puede bajar con la visera levantada y sin riesgo de ser herido á traicion por una mano alevosa? ¿Quién no comprende las ventajas que puede reportar á la verdad una lucha decorosa sostenida con armas de buena ley?

Gracias á ella, la ciencia y la razon han venido á prestar homenaje á la fe religiosa; y el racionalismo, atacado en sus últimos reductos y con las mismas armas con que nos había provocado, se presenta hoy, no diré convencido, pero sí respetuoso. Ya no asoma en sus labios aquella sonrisa sarcástica, ni suenan aquellas voces blasfemas que fueron su arma favorita en época no muy lejana; frases de admiracion y de respeto han venido á sustituirlas. Y, si bien se niega á reconocer el sello sobrenatural de la divinidad en aquellas cosas que son preciado objeto de nuestra veneracion religiosa, en cambio, no les escatima los elogios, al considerarlas bajo un aspecto natural y completamente humano.

Por eso la gran Doctora de Ávila, la incomparable Teresa de Jesus, á los ojos

de la moderna crítica racionalista es, ya que no una *santa* singularmente favorecida del cielo, una mujer extraordinaria, un talento preclaro, una escritora insigne.

Pero el racionalismo con su última evolución ha venido á situarse en una posición falsa. Las honrosas concesiones que, desde un punto de vista exclusivamente humano, han hecho á lo sobrenatural la lógica y el buen sentido, resultan deficientes y contradictorias, si no se completan con otro punto de vista enteramente divino.

Si Jesús no es *Dios*, no es el hombre extraordinario á quien ensalza el racionalismo moderno, no es el Redentor de la humanidad ni el prototipo de la perfección moral; es pura y simplemente un impostor ó un fanático.

Si Teresa de Jesús no es una *Santa*, es una ilusa, una alumbrada, un talento, más ó ménos notable, víctima de la exaltación, ó puesto al servicio de la más refinada superchería.

Éste es, en mi entender, el verdadero sentido del tema (tercero del programa) que me propongo desarrollar en este corto trabajo.

Para proceder con orden, examinaré:
1.º la verdad del misticismo en general;
2.º el talento y notoria aptitud de Teresa
para juzgar de los fenómenos psicológicos
naturales; 3.º la realidad de los hechos
internos sobrenaturales afirmados por nues-
tra Doctora; 4.º el carácter de su misti-
cismo.





I.

REALIDAD DEL ÓRDEN SOBRENATURAL Y DEL MISTICISMO CRISTIANO.

QUÉ es el misticismo? Véase cómo lo describe un ilustre sabio español contemporáneo: «Para llegar á la inspiracion mística, no basta ser cristiano, ni devoto, ni gran teólogo, ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplacion ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica ó filosofía primera, que va por camino diverso, pero no contrario, de la teología

» dogmática. El místico, si es ortodoxo,
» acepta esta teología, la da como supuesto
» y base de todas sus especulaciones, pero
» llega más adelante: aspira á *la posesion*
» *de Dios por union de amor*, y procede
» como si Dios y el alma estuviesen solos
» en el mundo. Éste es el *misticismo* como
» estado del alma, y su virtud es tan pode-
» rosa y fecunda, que de él nace una teolo-
» gía mística y una ontología mística, en
» que el espíritu, iluminado por la llama del
» amor, columbra perfecciones y atributos
» del Sér, á que el seco razonamiento no
» llega; y una psicología mística que des-
» cubre y persigue hasta las últimas raíces
» del amor propio y de los afectos huma-
» nos.» (1).

El cuadro, como se ve, está trazado de mano maestra, y necesariamente resultaría pálido todo lo que se intentase añadirle. Partiendo, pues, de la idea del misticismo, expuesta con tanta verdad y precision en las líneas que anteceden, veamos de indagar el origen, descubrir las causas, y señalar los principales fenómenos de ese *estado*

(1) Menéndez Pelayo, *Discurso de recepcion en la Real Academia Española.*

psicológico especial, de esa efervescencia de la voluntad y del pensamiento.

Como el misticismo genuino presupone lo *sobrenatural*, será preciso remontarnos á este orden de cosas, para venir á probar que la posesion de Dios *por union de amor*, tal como la concibe, y aspira á realizarla el místico, no es un sueño de la fantasía.

En efecto, está fuera de toda duda que, hasta en el orden mismo de la naturaleza, existe una comunicacion íntima de Dios con nuestras almas. La verdad que ilumina nuestras inteligencias, no es más que un destello de la Inteligencia Infinita, que se pone, por decirlo así, en *contacto* con la nuestra (1); no es sino la *presencia* de Dios, que se revela á nuestro espíritu, y le descubre, en cierta tasa y medida, su soberana esencia.

No es necesario profesar el ontologismo de Malebranche, ó ser partidario de las extravagantes teorías de Schelling ó de Krause, para aceptar esta comunicacion de

(1) *Sic igitur actio intellectus creati pendet á Deo quantum ad duo: uno modo inquantum ab ipso habet perfectionem sive formam per quam agit; alio modo inquantum ab ipso movetur ad agendum.* S. Thom., 1.^o 2.^{ae} Quæst. 109, art. 1.^o

Dios con nuestra mente; basta reconocer que la *verdad* no tiene su origen en la inteligencia humana; principio inconcuso, aprobado por la sana razon y la sana filosofia.

Empecemos por las verdades necesarias del órden intelectual. Nadie ignora que en el fondo del alma humana hay una porcion de verdades de evidencia inmediata que constituyen los principios fundamentales de la razon, y que, vistas por la inteligencia con intuicion clarísima, engendran profunda é incontrastable certidumbre. ¿Qué hombre de sano juicio no afirma que *una cosa no puede ser y no ser á un mismo tiempo; que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí, etc.?*

Estas verdades no son fruto de nuestras investigaciones, no dimanen del raciocinio; sino que, por el contrario, sin ellas éste sería imposible. Son de tal naturaleza, que no se puede imaginar en las mismas cambio ni modificacion alguna. Lo que son, eso han sido y serán eternamente, con absoluta independenciam de todo entendimiento creado. Su origen, pues, está en Dios, en su Inteligencia Infi-

nita, que de continuo se refleja en nuestra mente (1).

Y, si del orden intelectual pasamos al orden moral, veremos brillar en el fondo de la conciencia otra porción de principios, no ménos evidentes, de no ménos profunda é irresistible certeza, y cuya verdad, al abrigo también de toda vicisitud y mudanza, revela igualmente un origen divino (2). Y, cuando llega el caso de reducir á práctica estos principios, una voz, ora dulce y apacible, ora terrible y amenazadora, ora

(1) *Veritas ergo intellectus divini est una tantum, a qua in intellectu humano derivantur plures veritates.* S. Thom., *De Veritate*, art. 4.—*Sol intelligibilis, qui est Deus, illustrat interius; unde ipsum lumen naturale animæ inditum, est illustratio Dei qua illustramur ab ipso ad cognoscendum ea quæ pertinent ad naturalem cognitionem.* 1.º 2.º Quæst. 109, art. 1.º, ad 2.

Si ambo videmus verum esse quod dicis, et ambo videmus verum esse quod dico, ubi, quæso, id videmus? nec ego utique in te, nec tu in me; sed ambo in ipsa, quæ supra mentes nostras est, incommutabili veritate. D. August., *Confess.*, lib. XII, cap. xxv.

Nec mirum cuiquam accidat, si nulla ratiocinatio vel tantilla... dicatur constare posse, nisi superne ab ipso usque summæ veritatis sacrario, ab ipso intelligibili sole lux divina et aliqua aternitatis visio affulgeat. Thomassini, *Dogmata Theolog.*, tom. I., lib. VI, cap. x.

(2) *Participatio legis aternæ in creatura rationali lex naturalis dicitur.* 1.º 2.º Quæst. 91, art. 1.

mandando ó prohibiendo, ora aplaudiendo ó acusando, resuena clara é inteligible en las misteriosas profundidades de la conciencia, atestiguando la presencia de Dios en nuestras almas.

«Las verdades necesarias, dice un gran filósofo, preexisten á la razon humana; y esta preexistencia es una palabra sin sentido, cuando no se la refiere á un sér, origen de toda realidad, y fundamento de toda posibilidad. No hay, pues, razon impersonal propiamente dicha; hay comunidad de razon, en cuanto á todos los entendimientos finitos los ilumina una misma luz: Dios que los ha creado.» (1).

«Esta *comunicacion íntima* de lo finito con lo infinito es una de las verdades más ciertas de la *Metáfisica*» (2).

Esta comunicacion de Dios con las almas tiene muchos grados, pues empieza en el limitado entendimiento del hombre rudo, y termina en la vasta inteligencia del genio. Aquél apénas si se levanta sobre los torpes sentidos, moviéndose dificultosa-

(1) Bálmes, *Filosofía Fund.*, tom. 3.º, lib. 4.º, cap. 26.

(2) *Ibid.*, cap. 18.

mente dentro del estrecho círculo de ideas rudimentarias; éste despliega libremente las alas para lanzarse audaz á los inmensurables espacios del mundo intelectual. ¡Qué diferencia entre Aristóteles engolfado en los más abstrusos problemas de la Metafísica, y el infeliz obrero consagrado á las rudas tareas de un trabajo mecánico! ¡entre Newton descubriendo las leyes de la gravitacion, y el rústico pastor observando el movimiento de la estrella polar! Ciertamente, en el mundo de las inteligencias es incalculable la distancia que media entre unas y otras. En ésta no percibís más que un débil crepúsculo que apenas os permite distinguir los objetos; en la de más allá descubríis torrentes de luz que todo lo hinchén de vida y movimiento.

Sin embargo, la inteligencia creada, por vasta que la supongáis, tiene un límite, más allá del cual se extienden grandes é inexplorados horizontes. Esto nos lo enseña la experiencia misma, y está confirmado además por un argumento *a priori*, incontestable.

En efecto, si toda verdad dimana de Dios, como de su primordial origen, si la

ciencia no es más que una *comunicacion* de la Suprema Inteligencia con las inteligencias creadas, una *aparicion*, una *revelacion* de Dios al entendimiento humano; claro está que, siendo Dios infinito, y limitada nuestra capacidad *natural* de conocer, no logrará ésta jamas agotar el inmenso cúmulo de verdades que pueden brotar eternamente de la verdad única é infinita, que es Dios.

Toda inteligencia tiene, pues, un límite natural, trazado por el dedo del Criador; pero ¿quién negará la *posibilidad* de que Dios haga retroceder este límite, para que se ensanche más y más el círculo de nuestros conocimientos? Si, además de las verdades que naturalmente alcanza nuestro discurso, existen otras muchas, ¿qué repugnancia hay en que Dios nos las comunique? Poco importa que el entendimiento en el ejercicio de su actividad esté sujeto á ciertas condiciones ó leyes naturales; Dios, que es el autor de estas leyes, y que ciertamente hubiera podido someter á otras muy diversas nuestra actividad intelectual, puede ahora prescindir de ellas, y ponernos en posesion, por medios extraordinarios, de

ciertas verdades que en otro caso serían inaccesibles para nosotros. Y hé aquí en qué consiste el orden *sobrenatural*, ese orden de cosas calificado de paradoja por el racionalismo (1).

No, lo sobrenatural no es la antítesis de lo natural, como malamente se ha supuesto; no es sino lo que está más allá de lo natural, más allá de los límites prefijados por Dios á nuestro entendimiento; pero que Dios puede, si le place, revelarnos. Lo sobrenatural, pues, no es la antítesis, la negacion ó destruccion de lo natural, sino, más bien, su perfeccion y complemento.

Infiérese de aquí que la posibilidad del orden sobrenatural es indiscutible seriamente. Y, por lo que toca á su existencia, es un hecho comprobado por los innumerables motivos de credibilidad que militan á favor del cristianismo. Dios ha querido

(1) La palabra *sobrenatural* tiene, como es sabido, varias acepciones. Aquí se toma por el conjunto de relaciones que Dios Criador puede añadir á las que resultan del acto mismo de la creacion entre El y la criatura inteligente y libre. Estas relaciones *sobrenaturales* deben hacerse extensivas á todo el hombre, y, por lo mismo, al entendimiento y á la voluntad. No obstante, me he limitado á las que se refieren á la facultad de conocer, porque he creído que con esto había bastante para el objeto que me propongo.

revelarnos, por medios no contrarios, sino diversos de nuestros medios ordinarios de conocer, muchas verdades que estaban situadas, por decirlo así, al otro lado de las fronteras naturales de la razon. Ha borrado estas fronteras, y, robusteciendo nuestras inteligencias con la fe, ha abierto á las almas nuevos derroteros, por los cuales pueden correr libremente á una comunicacion y union con Dios más directa, más íntima y profunda que la que se alcanza por las fuerzas naturales.

Aquí, como en el orden intelectual humano, hay diferentes grados de perfeccion, y las almas recorren una escala indefinida, que, empezando en la sencilla fe del humilde creyente, sube hasta las sublimes especulaciones del teólogo, y va luégo á perderse en la altísima contemplacion del místico.

La fe trasporta las almas á una region de luz y de vida, á un mundo de verdad y de belleza que sobrepuja todas las verdades y bellezas percibidas por los sentidos y conocidas por la razon. ¿Por qué, pues, no ha de haber en las regiones de la fe lo que hay en las de la razon y los sentidos?

En el mundo de la naturaleza, Dios, para mejor atender á la armonía y perfeccion del universo, ha ordenado las almas en varias categorías.

En efecto, almas hay que ven desplegar ante su vista todas las riquezas, todos los encantos, toda la sublimidad de la creacion, y apénas si la perciben ni la sienten; pasando para ellas no ménos inadvertidas las grandezas del órden moral, del que no tienen más ideas que las estrictamente necesarias para los usos ordinarios de la vida. Sea efecto de la constitucion ó temperamento, sea fruto de la educacion, lo cierto es que esas almas permanecen indiferentes ante el grandioso espectáculo a que asisten, y del cual son á veces actores inconscientes.

Otras hay que, por el contrario, llevadas del instinto de curiosidad que las aguija y estimula, persiguen afanosas las causas de todos los fenómenos que ante su vista se despliegan; y ora las veréis descender á las entrañas de nuestro planeta para sorprender las leyes de su formacion y desarrollo; ora lanzarse á la inmensidad del espacio para reducir á fórmulas y números

la sublime geometría de los cielos; ora remontar la rápida corriente de los siglos, evocando á las pasadas generaciones, é interrogándolas para oír de su boca el relato de los sucesos que conducen al conocimiento de las leyes de la Historia; ora, en fin, observarlo, analizarlo, estudiarlo todo, el espíritu y la materia, lo finito y lo infinito, y cuanto cae bajo el dominio y la jurisdicción de la ciencia.

Hay además otro linaje de almas templadas por la naturaleza al fuego de la sensibilidad, almas tiernas y apasionadas que corren en prosecución de sus ideales por *camino*s diversos, *pero no contrarios* á los de la razón y la ciencia. No es el seco razonamiento, ni el frío análisis, ni el laborioso cálculo, sino la espontánea inspiración lo que trasporta á esas almas á las regiones de lo verdadero y de lo bello, abismándolas en la contemplación de profundos misterios que no es dado sondear al común de los mortales.

Véase cómo describe el filósofo anteriormente citado esos maravillosos efectos de la sensibilidad: «Para satisfacer sus necesidades, y atender á la conservación del

• individuo y de la especie, tiene el hombre
• sensaciones y sentimientos que se dirigen
• á objetos determinados; pero al lado de
• estas afecciones limitadas á la esfera á que
• se halla circunscrito, experimenta senti-
• mientos más elevados que le arrojan fuera
• de su órbita, y que, por decirlo así, ab-
• sorben su individualidad en el piélago de
• lo infinito. »

« Cuando el hombre se pone en con-
• tacto con la naturaleza en sí misma, des-
• pojada de todas las condiciones que la
• refieren á individuos, experimenta un sen-
• timiento indefinible, una especie de pre-
• sentimiento de lo infinito. Sentáos á la
• orilla del mar en una playa solitaria; escu-
• chad el sordo mugido de las olas que se
• estrellan bajo vuestros piés, ó el silbido
• de los vientos que las agitan; con la vista
• fija en aquella inmensidad, mirad la línea
• azulada que une la bóveda del cielo con
• las aguas del océano; colocáos en una
• vasta y desierta llanura, ó en el corazon
• de un bosque de árboles seculares; en el
• silencio de la noche, contemplad el firma-
• mento sembrado de astros que siguen
• tranquilamente su carrera, como la sigue-

»ron muchos siglos ántes, como la seguirán
 »siglos despues; sin esfuerzo, sin trabajo
 »de ninguna clase, abandonáos á los movi-
 »mientos espontáneos de vuestra alma, y
 »veréis cómo brotan en ella sentimientos
 »que la conmueven, que la levantan sobre
 »sí misma, y como que la absorben en la
 »inmensidad. Su individualidad desaparece
 »á sus propios ojos; siente la armonía que
 »preside al conjunto inmenso de que forma
 »pequeñísima parte: *en aquellos momentos*
 »*es cuando el genio canta inspirado las*
 »*grandezas de la creacion, y levanta una*
 »*punta del velo que cubre á los ojos de los*
 »*mortales el esplendente solio del Supremo*
 »*Hacedor.*» (1)

Si en el órden de la naturaleza están
 clasificadas las almas del modo que acaba-
 mos de describir ligeramente, ¿por qué no
 ha de verificarse otro tanto en el órden
 sobrenatural? La fe religiosa, supuesto que
 no es una ilusion de la fantasía, deberá de
 conducir las almas á Dios por caminos muy
 diversos; y no ha de maravillarnos cierta-
 mente hallar aquí una gradacion que guar-
 da bastante analogía con la que hemos

(1) Bálmes, *Filosof. Fund. tom. 3.º, lib. 4.º, cap. 18.*

observado en el orden natural de la sensibilidad y la razón.

Y así es, en efecto. En la sociedad cristiana hay almas que van á Dios por las sendas de la fe sencilla y humilde. Pendientes de los labios de aquellos á quienes Dios ha puesto para regir y gobernar su Iglesia, someten dóciles y respetuosas el entendimiento á las verdades reveladas; é, ignorando las grandes controversias religiosas que traen el mundo revuelto y agitado, ó enteramente ajenas á las mismas, viven tranquilas á la sombra de unas creencias que, fielmente custodiadas, son bálsamo que restaña todas las heridas, paño que seca todas las lágrimas, esperanza que reanima y fortalece los corazones.

Otras hay á quienes Dios, porque así le plugo, lanzó al campo en donde la fe se ve obligada á reñir interminables batallas. Creyentes humildes también como las primeras, se hallan, no obstante, en la necesidad de convertir la fe en objeto de ciencia. Llamando en su auxilio á la razón, penetran en los vastos dominios de la Teología; y la fe y la ciencia, fraternalmente asociadas, sondean profundas verdades, co-

lumbran altos misterios, y descubren sorprendentes relaciones y analogías entre el orden de la naturaleza y el orden de la gracia.

Otras hay, finalmente, á quienes Dios atrae hacia sí por los caminos de la contemplacion y el amor. Abismadas en el seno de la Divinidad, que las levanta sobre sí mismas, adquieren estas almas por la experiencia del corazon un conocimiento de Dios que no está al alcance del árido razonamiento; y llegan á un *estado psicológico especial* del que se deriva necesariamente una teología tambien *especial*, diversa de la teología positiva.

El misticismo no es una ciencia, en la rigurosa acepcion de la palabra; es mucho ménos, y es mucho más. No sigue los procedimientos de la ciencia, pero logra mayores resultados; no va á Dios por las vías del discurso, pero llega á Él por el sentimiento, le contempla con intuicion sobrehumana, y le posee y goza por amor (1).

(1) *Theologia mystica, seu affectiva ea est, quæ non tam rationis discursu quam simplici mentis intuitu, in oratione potissimum, res divinas sapit et contemplatur.* Billuart, *Cursus Theologiæ*, tom. 1.

Por dónde se echa de ver que el místico es al comun de los creyentes, lo que el genio al vulgo de los mortales. No sujetéis el genio á las arideces del razonamiento, que le agostaríais; no le atéis con las trabas de la dialéctica, que le aniquilaríais. Dejadle abandonado á los impulsos de la inspiracion, y le veréis remontarse con vuelo de águila á las eternas regiones de la verdad y la belleza. Así tambien, la reflexion y el discurso pueden hacer un teólogo, un sabio; pero sólo el sentimiento y la inspiracion alcanzan á formar un místico.

Ved ahí por qué entre los creyentes el místico es en realidad un genio. Aun bajo el aspecto puramente literario, el místico es siempre notable por la elevacion de sus ideas y la grandeza y originalidad de sus concepciones, fruto de una inspiracion sublime y fecunda. La forma de que reviste sus conceptos, será más ó ménos esmerada, porque esas almas enamoradas de Dios no se fijan en las postizas galas del lenguaje; pero el fondo refleja siempre la luz de la eternal belleza en que se ha inspirado.

Se comprende que así sea. La profunda y ahincada contemplacion de las perfeccio-

nes divinas es el alimento cotidiano de esas almas privilegiadas. Puede decirse de ellas que moran junto al manantial mismo de la inspiracion, y que, engolfadas en el piélago de la belleza infinita, ven y conocen la realidad de esos inasequibles ideales que el genio persigue eternamente, sin poder alcanzarlos jamas; ven y conocen verdades que el teólogo puede sólo vislumbrar al traves de laboriosas especulaciones.





II.

TALENTO FILOSÓFICO Y APTITUD DE SANTA TERESA PARA JUZGAR DE LOS FENÓMENOS PSICOLÓGICOS NATURALES.

CÓMO sube el místico á la cumbre de la contemplacion? ¿Cuáles son los procedimientos de la teología mística, que tan maravillosamente ahonda en el conocimiento de las perfecciones y los atributos divinos?

Tendría que separarme demasiado de mi objeto, y escribir todo un tratado de teología mística, si quisiera dar una idea de los

caminos que recorre el alma humana para llegar á la union con Dios.

Léanse las discretas y hermosísimas páginas en que expone nuestra extática Doctora el difícilísimo arte de dirigir las almas por las escabrosas sendas del misticismo. Dudo que sea posible escribir, en este género, nada tan profundo y tan bello, al par que tan sencillo y candoroso. Allí se dan la mano la sagacidad y la elevacion del genio con la ingenuidad y el candor del niño. Allí se encuentra reducido á arte, y hasta á ciencia, lo que no cabe dentro de los límites de ningun arte, y lo que, por su magnitud, excede la comprension de toda ciencia: *la posesion de Dios por union de amor.*

Imposible parece que puedan leerse aquellas frases tan sencillas, tan graciosamente desaliñadas, y aquellas digresiones tan naturales y espontáneas, sin deponer toda prevencion, y sentir vivo interes á favor de quien se expresa con tal acento de sinceridad y conviccion. La superchería no se ha presentado jamas, no puede presentarse con un traje que no le sienta, y que dejaría al descubierto sus repugnantes

deformidades. La ilustre autora de *Las Moradas*, de *El Libro de Perfeccion*, etc., etc., podrá ser, para cierta escuela, una *iluminada* ó una *visionaria*; pero jamas dejará de ser, para ningun hombre de buen sentido, un corazon noble é ingenuo, una alma incapaz de toda doblez y artificio.

Pero mucho ménos le cuadra aún el calificativo de visionaria, bastando para convencerse de ello un estudio desapasionado é imparcial de sus escritos.

Desde luégo salta á la vista que Teresa de Jesus estaba dotada de poderosa fuerza de reflexion, y de un entendimiento claro y perspicaz; cualidades que, dándole la mayor aptitud para discernir los fenómenos psicológicos del órden natural, la ponían al abrigo de toda ilusion, y son para nosotros la más sólida garantía de la realidad de los hechos internos sobrenaturales que nos describe.

Porque claro está que, si el misticismo no es una quimera, si no es un estado psicológico fantaseado por imaginaciones calenturientas, cuando haya de resolverse un caso concreto, la cuestion queda reducida pura y simplemente á garantir la ver-

dad de los hechos, y describir con fidelidad y precision los caractéres sobrenaturales de que se presentan revestidos.

Pues bien: ya lo he dicho más arriba, de la veracidad de Teresa de Jesus no cabe dudar. Y de su gran aptitud para distinguir el órden natural del sobrenatural, son la mejor prueba la lucidez con que expone los fenómenos internos de uno y otro órden, y la sagacidad y precision filosófica con que los deslinda y clasifica. No es que sus obras sean tratados científicos, ó que la ilustre Autora se propusiera hacer profundos estudios psicológicos, sino que su gran talento natural, fortalecido por la reflexion, y guiado por el buen sentido, le dió el aplomo y la seguridad de un hombre de ciencia; hizo de ella un filósofo que con gran sencillez y naturalidad suma describe los fenómenos psicológicos relacionados con las materias de que trata. ¿Qué importa que ignore el tecnicismo científico? En cambio, la sencillez y donosura de las frases familiares de que viste los conceptos filosóficos, tienen un encanto irresistible.

No sería difícil presentar numerosos ejemplos del talento profundamente refle-

xivo de Teresa de Jesus, pues abundan en sus obras, especialmente en el libro titulado *Las Moradas*, que es todo un tratado de psicología mística, en el cual son estudiados, desde el punto de vista de la perfeccion cristiana, todos los actos y operaciones del alma racional, y señalados su origen y su causa.

Véase cómo explica la *reflexion*, punto de partida del alma que quiere elevarse desde las profundidades de su propio conocimiento á las sublimes alturas del amor divino.

Para comenzar con algun fundamento, considera al alma como un castillo á donde hay muchos aposentos. Desgraciadamente todo se nos va en la grosería del engaste ó cerca deste castillo, que son estos cuerpos; pues, atentos únicamente á lo que halaga y deleita los sentidos, no procuramos saber qué cosa somos... y así á bulto (porque lo hemos oído, y porque nos lo dice la fe) sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en esta alma, ó el gran valor della, pocas veces lo consideramos.

Así, el conocimiento de nosotros mismos es la base y fundamento de la perfeccion

cristiana. Mas ¿cómo se adquiere este conocimiento? ¿por dónde comienza? Por la reflexión del alma sobre sí misma. Debe ésta aprender á dirigir hacia sí la atención que en mal hora le absorben los objetos exteriores. ¡Cuán oportunos é ingeniosos, y, al mismo tiempo, cuán llanos y familiares son los símiles de que se vale para explicar la naturaleza y los efectos de la reflexión!

«Tornando, *dice*, á nuestro hermoso y
 »deleitoso castillo, hemos de ver cómo po-
 »demos entrar en él. Parece que digo al-
 »gun disparate; porque, si este castillo es
 »el ánima, claro está que no hay para qué
 »entrar, pues ella se es el mismo: como
 »parecería desatino decir á uno que entrase
 »en una pieza, estando ya dentro. Mas ha-
 »béis de entender que va mucho de estar á
 »estar; que hay muchas almas que se están
 »en la ronda del castillo, que es á donde
 »están los que le guardan; y que no se les
 »da nada de entrar dentro, ni saben qué
 »hay en aquel tan precioso lugar, ni aún
 »qué piezas tiene. Ya habréis oído en algu-
 »nos libros de oración aconsejar al alma que
 »éntre dentro de sí; pues eso mismo es.» (1)

(1) *Moradas primeras*, cap. 1.º

El alma que no ha adquirido el hábito de concentrarse, es como el cuerpo tullido que perdió todo imperio sobre sus miembros. Sus facultades, excitadas por los objetos exteriores, corren tras ellos afanosos, resistiéndose á los mandatos de la voluntad, á la cual desprestigian y enervan primero, y envilecen despues, reduciéndola á la humillante condicion de esclava.

«Decíame, poco há, un gran letrado que
»son las almas que no tienen oracion, como
»un cuerpo con perlesía ó tullido que,
»aunque tiene piés y manos, no los puede
»mandar; que así son, que hay almas tan
»enfermas y mostradas á estarse en cosas
»exteriores, que no hay remedio, ni parece
»que puedan entrar dentro de sí... Y, si
»estas almas no procuran entender y reme-
»diar su gran miseria, quedarse han hechas
»estatuas de sal, por no volver la cabeza
»hacia sí; así como lo quedó la mujer de
»Lot, por volverla.» (1)

En las *Moradas cuartas* (2), explicando la diferencia entre los *contentos* y los *gustos* que se experimentan en la oracion, revela

(1) *Morad. prim.*, cap. 1.º

(2) cap. 1.º

estar dotada de un talento profundamente observador, que sabe investigar y descubrir las causas más recónditas de los hechos psicológicos que estudia.

Los contentos, según nuestra Autora, *proceden de nuestro natural*, es decir, son un sentimiento agradable que espontánea y naturalmente brota en nuestro corazón al solo contacto de una acción virtuosa. Este sentimiento, aunque tenga un objeto diferente, dimana, no obstante, del mismo principio psicológico, y obedece á las mismas causas que aquellos que son ocasionados por la inopinada aparición de una persona querida á quien se creía muerta; por una fortuna inesperada, y por otros mil y mil sucesos de igual naturaleza.

No sé si cabe ahondar más en esta materia. Lo cierto es que no parece sino que se está oyendo á un hábil filósofo acostumbrado á leer en lo más hondo y oscuro del alma humana. Pero dejemos hablar á la sabia Doctora, porque, comparados con el texto, necesariamente han de resultar pálidos y enojosos todos los comentarios.

«Los contentos me parece á mí se pueden llamar los que nosotros adquirimos

con nuestra meditacion y peticiones á nuestro Señor, que proceden de nuestro natural, aunque, en fin, ayuda Dios para ellos... mas nacen de la mesma obra virtuosa que hacemos; y parece á nuestro trabajo lo hemos ganado, y con razon nos da contento habernos empleado en cosas semejantes. Mas, si lo consideramos, los mismos contentos ternemos en muchas cosas que nos pueden suceder en la tierra; así, en una grande hacienda que de presto se provee á alguno; como de ver á una persona que mucho amamos de presto; como de haber acertado en un negocio importante, y cosa grande, de que todos dicen bien; ó como si á alguna noble han dicho que es muerto su marido, ó hermano, ó hijo, y le ve venir vivo. Yo he visto derramar lágrimas de gran contento, y aún me ha acaecido alguna vez. Paréceme á mí que, así como estos contentos son naturales, así hay en los que nos dan las cosas de Dios, sino que son de linaje más noble (aunque estotros no eran tampoco malos), en fin, comienzan de nuestro natural mesmo, y acaban en Dios. Los gustos comienzan de Dios, y

»síentelos el natural, y goza tanto dellos,
»como gozan los que tengo dichos, y mu-
»cho más.»

Los *contentos* no sólo se diferencian de los *gustos* en su origen y sus causas, sino que además presentan caracteres propios y bien definidos que no permiten confundir unos con otros. Aquí resalta la minuciosa sagacidad y la clarísima intuición de la escritora que se esfuerza por señalar la línea divisoria entre los fenómenos internos del orden natural y los sobrenaturales. Trabajo harto dificultoso, por no prestarse el lenguaje humano á interpretar fielmente todo lo que pasa en el mundo interior. Sin embargo, al través de las dificultades que este trabajo ofrece, y del temor y recelo de no expresarse bien, acrecentados por su humildad profunda, échase de ver en nuestra Doctora una convicción firmísima é inquebrantable, nacida de la idea clara y distinta que tiene de los dos fenómenos que trata de explicar.

«¡Oh Jesus, *continúa*, y qué deseo tengo
»de saber declararme en esto! Porque en-
»tiendo, á mi parecer, muy conocida diferen-
»cia, y no alcanza mi saber á darme á en-

»tender; hágalo el Señor. Ahora me acuerdo
»en un verso que decimos á Prima, que al
»cabo del verso dice: *Cum dilatasti cor*
»*meum*. A quien tuviere mucha experiencia,
»esto le basta para ver la diferencia que
»hay de lo uno á lo otro; á quien no, es
»menester más. Los contentos que están
»dichos, no ensanchan el corazon, ántes lo
»más ordinariamente parece aprietan un
»poco, aunque con contento todo de ver
»que se hace por Dios; mas vienen unas
»lágrimas congojosas, que en alguna ma-
»nera parece las mueve la pasion. Yo sé
»poco destas pasiones del alma, que quizá
»me diera á entender, y lo que procede de
»la sensualidad, y de nuestro natural, por-
»que soy muy torpe; que yo me supiera
»declarar, si, como he pasado por ello, lo
»entendiera: gran cosa es el saber y las le-
»tras para todo.»

No se ocultaba ciertamente á la penetracion de la Santa que el claro conocimiento de los fenómenos naturales del mundo interior es de todo punto indispensable para escudar el alma de las ilusiones de la fantasía, sobrado frecuentes, por desgracia, en tan delicadas materias. Por eso

insiste una y otra vez en la necesidad de consultar á *los hombres de letras*, á fin de evitar que el alma sea juguete de la imaginacion, como harto á menudo acontece á la gente sencilla é ignorante.

Léase, si no, por qué graciosa y delicada manera describe los efectos de la ignorancia en la gente que trata de oracion: «¡Oh Señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Y es el mal que, *como pensamos que no hay más que saber que pensar en Vos*, áun no sabemos preguntar á los que saben, ni entendemos qué hay que preguntar, y pásanse terribles trabajos, porque no nos entendemos; y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es mucha culpa. De aquí proceden las aflicciones de mucha gente que trata de oracion, y el quejarse de trabajos interiores (al ménos mucha parte en gente que no tiene letras), y vienen las melancolías, y á perder la salud, y áun á dejarlo todo, *porque no consideran que hay un mundo interior acá dentro*. Y así como no podemos tener el movimiento del cielo, sino que anda á priesa con toda velocidad, tampoco podemos

» tener nuestro pensamiento, y luégo metemos todas las potencias del alma con él, » y nos parece que estamos perdidas. » (1)

No me maravilla que una persona tan experimentada cual nuestra mística Doctora considerase de suma importancia el conocimiento del mundo interior. Al ver cómo discurre sobre este punto, diríase que estaba continuamente al acecho para espiar todos los movimientos naturales del alma, y sorprender el secreto de sus más íntimas operaciones. Por eso, sin duda, acertó á deslindarlas tan minuciosa y exactamente, que no cabe confundirlas entre sí ni con los fenómenos que no están incluidos en la esfera natural de la actividad humana.

En efecto, explicando cómo habla Dios al alma sobrenaturalmente, haciéndole oír *unas palabras muy formadas, que se entienden muy más claro que si se oyesen con los sentidos corporales*, señala los funestos escollos que aquí se ocultan, y en que peligra naufragar el entendimiento humano, á menudo víctima inconsciente de seductoras ilusiones; pues no pocas veces

(1) *Morad. quart.*, cap. 1.º

acontece estar el alma hablando consigo misma, y figurarse que oye la palabra de Dios, cuando en realidad de verdad no oye sino el eco de su propia palabra. Mas ¿cómo distinguir una de otra? ¿cómo evitar la ilusión? Nada más fácil, atento á que, si el fenómeno es natural, es decir, si es obra del entendimiento, éste tendrá que ejercer su actividad, tendrá que componer y ordenar el discurso, y, *por delgado que vaya*, dejaráse *sentir* siempre el trabajo de que necesariamente va acompañado el *ejercicio activo* de nuestras facultades mentales. ¡Qué penetración! y ¡qué lucidez! Si se me permitiese la frase, diría que la Doctora avilesa había aplicado el escalpelo del análisis á las fibras más delicadas del pensamiento humano. Oigámosla:

«Yo querría declarar los engaños que
»puede haber aquí, aunque quien tiene
» mucha experiencia, paréceme será poco ó
» ninguno; mas ha de ser mucha la expe-
» riencia, y la diferencia que hay cuando
» es espíritu bueno, ó cuando es malo; ó
» cómo puede tambien ser aprehension del
» mismo entendimiento, que podría acaecer,
» ó hablar el mismo espíritu á sí mismo:

» esto no sé yo si puede ser, mas áun hoy
» me ha parecido que sí... »

« Paréceme á mí que podría una perso-
» na, estando encomendando una cosa á
» Dios con grande afecto y aprehension,
» parecerle entiende alguna cosa si se hará,
» ó no, y es muy posible; aunque á quien
» ha entendido destotra suerte, verá claro
» lo que es, porque es mucha la diferencia;
» y, *si es cosa que el entendimiento fabrica,*
» *por delgado que vaya, entiende que ordena*
» *él algo, y que habla.* Que no es otra cosa,
» sino ordenar uno la plática, ó escuchar lo
» que otro le dice, y *verá el entendimiento*
» *que entónces no escucha, pues que obra, y las*
» *palabras que él fabrica, son como cosa sor-*
» *da, fantaseada, y no con la claridad que*
» *estotras.* Y que aquí está en nuestra mano
» divertirnos, como callar cuando hablamos;
» en estotro no hay término. Y otra señal
» más que todas que no hace operacion,
» porque estotra que habla el Señor, es
» palabras y obras; y aunque las palabras
» no sean de devocion, sino de reprehension,
» á la primera dispone un alma y la habi-
» lita, y enternece y da luz y regala y
» quieta... Paréceme que hay la diferencia

«que si nosotros hablásemos, ó oyésemos,
«ni más ni ménos; porque lo que hablo,
«como he dicho, voy ordenando con el
«entendimiento lo que digo; mas, si me
«hablan, no hago más de oír sin ningun
«trabajo.» (1)

Paréceme fuera de duda que la mística Doctora ignoraba completamente las grandes cuestiones suscitadas por los filósofos acerca de la naturaleza y las propiedades del alma humana; sin embargo, me atrevo á afirmar que con su natural perspicacia las adivinaba á veces, y que las resolvía por simple intuición. Véase, si no, lo que dice á propósito de la distinción entre la esencia del alma y sus facultades, punto muy debatido por los filósofos de las diferentes escuelas.

«Esto os parecerá, hijas, desatino, mas
«verdaderamente pasa así, que (aunque
«se entiende que el alma está toda junta)
«no es antojo lo que he dicho, que es muy
«ordinario; por donde decía yo que se ven
«cosas interiores, de manera, que cierto se
«entiende hay diferencia, y muy conocida,

(1) *Vida*, cap. xxv.

»del alma al espíritu, aunque más sea todo
 »uno. Conócese una division tan delicada,
 »que algunas veces parece obra de dife-
 »rente manera lo uno de lo otro... *Tambien*
 »*me parece que el alma es diferente cosa de*
 »*las potencias, que no es todo una cosa: hay*
 »tantas y tan delicadas en lo interior, que
 »sería atrevimiento ponerme yo á decla-
 »rarlas.» (1)

Interminable me haría, si me empeñase en citar todos los pasajes en que estudia nuestra Doctora las operaciones del alma humana. Sin embargo, no puedo abstenerme de reproducir otro todavía, en el cual describe con una vivacidad y un gracejo inimitables los efectos de la imaginacion abandonada á sí misma, y, por ende, privada del contrapeso de las otras potencias.

«Digo que me acaece á veces... que
 »veo deshacerse mi alma, por verse junta
 »á donde está la mayor parte, y ser impo-
 »sible, sino que le da tal guerra la memoria

(.) *Morad. sétim*, cap. 1.^o—Sto. Tomas dice á este propósito: *Cum nulla animæ operatio sit substantia, et quodvis animam habens non semper actu operetur; potentiam animæ ab ipsa animæ essentia et substantia diversam esse necessarium est.* 1.^o P. Qæst. 76, art. 1.^o

»é imaginacion, que no la dejan valer; y,
»como faltan las otras potencias, no valen,
»áun para hacer mal, nada. Harto hacen
»en desasosegar, digo para hacer mal, por-
»que no tienen fuerza, ni paran en un sér;
»como el entendimiento no la ayuda poco
»ni mucho, á lo que le representa, no pára
»en nada, sino de uno en otro, que no
»parece sino destas maripositas de las no-
»ches, importunas y desasosegadas, así
»anda de un cabo á otro. En extremo me
»parece le viene al propio esta compara-
»cion; porque, aunque no tiene fuerza para
»hacer ningun mal, importuna á los que la
»ven.» (1)

(1) *Vida*, cap. xvii.





III.

REALIDAD DE LOS HECHOS INTERNOS SOBRENATURALES AFIRMADOS POR STA. TERESA DE JESUS.

AN vista de lo que llevo expuesto en el número que antecede, creo poder afirmar que Teresa de Jesus reúne todas las condiciones de aptitud que pueden exigirse racionalmente, para señalar la línea divisoria que separa el orden natural del sobrenatural en el mundo interior. Fácil y flexible talento, poderosa reflexion, agudo ingenio, intuicion clarísima, ahincada

y persistente meditacion; tales son las cualidades que, segun acabamos de ver, adornan á la insigne escritora. ¿Qué más pueden desear los más exigentes adversarios?

Pues bien: cuando Teresa de Jesus habla de los hechos sobrenaturales que se verifican en el órden psicológico, lo hace con igual lucidez, con la misma seguridad é idéntica certidumbre, que al estudiar los hechos simplemente naturales. En buena lógica, dadas las condiciones de aptitud de la escritora, ¿qué razon puede señalarse para negar la realidad de aquellos hechos?

Como éste es, á no dudarlo, el punto cardinal de la cuestion, voy á examinarlo con algun detenimiento.

Sabido es que los hechos que pertenecen al mundo interior, son de tal naturaleza, que sólo experimentalmente puede formarse de ellos idea clara y distinta. Así es que el ciego de nacimiento no puede tenerla de la sensacion de ver, como no la tiene de la de oír el sordo-mudo. Al contrario, basta que se verifique en nuestra alma un fenómeno cualquiera, aunque no tengamos de él conocimiento reflejo, para

que lo comprendamos perfectamente, desde el momento en que se nos llama sobre él la atención. Entónces, observando atentamente, nos aseguramos de su existencia, seguimos sus evoluciones, indagamos sus causas, y nos formamos de él una idea completa y adecuada. En esta observacion experimental se funda precisamente la ciencia psicológica, que, si bien tiene problemas irresolubles, ó poco ménos, con todo, no puede negarse que ha derramado mucha luz sobre los misterios del mundo interior.

Esto explica por qué ofrece gravísimas dificultades la explicacion de los hechos internos del órden sobrenatural; pues, no ocurriendo más que en un corto número de almas privilegiadas, para las demas no pueden ser objeto de la experiencia, ni, por lo mismo, de la observacion directa, que es la base de todo conocimiento adecuado.

Bien comprendía esto la mística Doctora, cuando, despues de la sencilla exposicion de algun hecho sobrenatural, solía escribir éstas ú otras frases análogas: *A quien tuviere mucha experiencia, esto le basta; á quien no, es menester más...*

Pero las dificultades que por su índole especial ofrecen dichos fenómenos, no son, por cierto, suficiente motivo para negarlos; sin pretender por eso que hayamos de admitirlos todos indistintamente y sin discernimiento alguno. La sana crítica no dejará de ofrecernos un criterio seguro para estudiarlos, y formar de ellos exacto juicio, dándoles el valor que realmente tengan.

Entiendo yo que las obras del género místico llevan en sí mismas las pruebas de su veracidad; que de su propio fondo, por decirlo así, brota la luz que ha de traer la convicción á nuestros entendimientos. La verdad reviste caracteres que difícilmente pueden ser falsificados.

Oigamos á nuestra incomparable Doctora. Hablando de la *union con Dios* (1), dice: «Pues tornando á la señal que digo, es la verdadera..... Fija Dios á sí mismo en lo interior de aquel alma de manera, que, cuando torne en sí, *en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella; con tanta firmeza le queda esta verdad, que, aunque pasen años*

(1) *Morad. quint.*, cap. 1.º

»sin tornarle Dios á hacer aquella mer-
 »ced, ni se le olvida, *ni puede dudar* que
 »estuvo; áun dejemos por los efectos con
 »que queda, que estos diré despues: *esto es*
 »*lo que hace mucho al caso.*»

«Pues diréisme: ¿cómo lo vió? ¿ó cómo
 »lo entendió? ¿si no ve, ni entiende? No
 »digo que lo vió entónces, *sino que lo*
 »*ve despues claro*; y no porque es vision,
 »*sino una certidumbre que queda en el alma*
 »*que sólo Dios la puede poner.....* Pues
 »¿cómo lo que no vimos, se nos queda
 »con esa certidumbre? Eso no lo sé yo,
 »son obras suyas; mas *sé que digo verdad.*»

En otro lugar (1), dice al mismo pro-
 pósito: «Porque se entiende claro, por
 »unas secretas aspiraciones, ser Dios el
 »que da vida al alma, *muy muchas veces*
 »*tan viva, que no se puede dudar, porque*
 »*las siente muy bien el alma*, aunque no
 »se sabe decir más..... Y así como sen-
 »tiría esta agua una persona que está
 »descuidada, si la bañasen de presto en
 »ella, y no la podrá dejar de sentir; de la
 »misma manera, y *áun con más certidum-*

(1) *Morad. sétim., cap. 2.*»

»bre, se entienden estas operaciones (los
 »efectos de la union consumada); porque,
 »ansí como no nos podría venir un gran
 »golpe de agua, si no tuviera principio,
 »como he dicho, *ansí se entiende claro* que
 »hay en el interior quien arroje estas sae-
 »tas, y dé vida á esta vida, y *que hay sol*
 »*de donde procede una gran luz que se envía*
 »*á las potencias ó interior del alma.*»

Francamente, ignoro qué reparos pueda oponer á estos pasajes la crítica más exigente. Teresa de Jesus raciocina aquí como lo haría un filósofo que tratase de explicar el origen y fundamento de la *certeza*.

Nadie ignora que esta cuestion, una de las más graves y trascendentales de la filosofía, ha ejercitado el ingenio de los más profundos pensadores. El hombre en todos los siglos, estimulado por el aguijon de la curiosidad, se ha empeñado en descubrir la base en que estriba la *certeza*, esa conviccion profunda, indestructible, que brota espontáneamente en nuestro entendimiento á la simple percepcion de ciertas verdades que se nos presentan iluminadas por la vivísima luz de la evidencia.

Pues bien: todos los filósofos que se han internado en estas regiones, al llegar á cierto punto, se han visto detenidos por una barrera infranqueable, más allá de la cual se extienden los negros horizontes del escepticismo, de ese funesto estado psicológico que no puede ser más que el resultado de un extravío mental, porque nuestro entendimiento en su estado normal lo rechaza, y todo nuestro sér lo repugna con fuerza irresistible.

Esta barrera que opone á las investigaciones del filósofo insuperables obstáculos, es nuestra propia naturaleza, de cuyo fondo se levanta avasalladora la certeza, enseñoreándose de nuestro entendimiento.

¿Por qué afirmamos con plenísima convicción que *una cosa no puede ser y no ser á un mismo tiempo?* Porque la verdad de este principio es evidentísima; porque es una verdad que se apodera del entendimiento, que lo compenetra y llena, excluyendo toda vacilacion, y cerrando el paso á todas las tentativas de la duda. Buscad la prueba, ensayad una *demonstracion* de la verdad de aquel principio; todos vuestros *razonamientos* se reducirán, en el fondo, á

esta sencilla afirmacion: «*veo* que el ser y no ser á un mismo tiempo, repugna; *veo* que esto es así, y que *no puede* ser de otro modo.»

Tal es el carácter de los primeros principios ó verdades fundamentales. No se prueban; se imponen por sí mismos.

Hay además una porcion de fenómenos psicológicos, ó hechos de conciencia, que revisten idéntico carácter. Engendran en el alma una certeza omnímoda, una conviccion profundísima, sin ser posible someterlos al minucioso análisis del raciocinio.

Preguntad á cualquiera, desde el filósofo de más claro talento al niño en cuya alma despuntan los primeros crepúsculos de la razon, si está seguro de su propia existencia, si cree en la realidad objetiva de las impresiones trasmitidas por los sentidos; pedidle las pruebas de la firmísima conviccion que manifiesta tener acerca de este punto; y os contestará con una sonrisa que así puede expresar dudas respecto á la seriedad de vuestra pregunta, como respecto al estado de vuestro juicio.

Éste es, repito, el carácter propio de ciertos hechos psicológicos. Exigir una *de-*

mostracion de su verdad y realidad, es desconocer por completo su naturaleza. Aquí la demostracion es imposible; pero está ventajosamente suplida con la irrefragable afirmacion arrancada al alma por la *certidumbre* del hecho, y por la conviccion de su *realidad* (1).

Excusado sería insistir en una verdad tan clara, si los adversarios de lo sobrenatural, al impugnarnos, no afectasen olvidar las más obvias y elementales. Por eso,

(1) No confundo la realidad *subjetiva* con la *objetiva*, sino que comprendo ambas en un mismo acto, por exigirlo así la naturaleza de los fenómenos psicológicos á que me refiero.

«El sentido íntimo ó la conciencia es el fundamento de los demas criterios, no como una proposicion que les sirva de apoyo, sino como un hecho que es para todos ellos una condicion indispensable.»

«La conciencia nos dice que vemos la idea de una cosa contenida en la otra; hasta aquí no hay más que apariencia: la fórmula en que podría expresarse el testimonio, sería: *me parece*, designándose un fenómeno puramente subjetivo. Pero este fenómeno anda acompañado de un instinto intelectual, de un irresistible impulso de la naturaleza, el cual nos hace asentir á la verdad de la relacion, *no sólo en cuanto está en nosotros, sino tambien en cuanto se halla fuera de nosotros, en el órden puramente objetivo*, ya sea en la esfera de la realidad, ó de la posibilidad.»

Bálmès, *Filosof. Fund.*, tom. 1.º, lib. 1.º, cap. XXIII.

áun á riesgo de ser difuso, voy á citar todavía un hecho histórico.

Sabido es que Descártes, autor, sin sospecharlo tal vez, del moderno racionalismo, se empeñó un día en derribar el edificio de los conocimientos humanos, para reconstruirlo despues sobre una base enteramente nueva. Aplicó la demoledora piqueta de la duda á todas las piedras del grandioso edificio; pero, al tocar en la base, al remover los cimientos, encontró un punto inmovible, contra el cual fueron vanos todos sus esfuerzos. Luchó obstinadamente; luchó hasta que, convencido de la esterilidad de la lucha, soltó de la mano el fatal instrumento, y exclamó: «*¡Yo existo!* Esta verdad no tiene ningun punto vulnerable. La duda nada puede contra ella.»

Es indudable, pues, que la irresistible certidumbre excitada en nuestra mente por ciertos hechos de conciencia, es un criterio seguro de verdad, el único criterio aplicable, en buena lógica, á los casos de esta naturaleza. Cualquier otro que se adoptase, abriría irremisiblemente la puerta al más desconsolador escepticismo.

Siendo esto así, ¿por qué no se ha de

aplicar el mismo criterio á los hechos internos del órden sobrenatural? Psicológicamente considerados estos hechos, ¿no se encuentran acaso en las mismas condiciones que los del órden natural? Desenvolviéndose, como éstos, en el recinto de la conciencia humana, ¿no deberemos inferir que tambien ellos han de llevar en sí mismos, en la vivísima luz que despiden, en el íntimo convencimiento que engendran, todas las pruebas, todas las garantías de verdad apetecibles? Si la *naturaleza* obra de este modo, ¿por qué no ha de seguir iguales procedimientos la *gracia*? Si el filósofo se apoya en la certidumbre que brota espontáneamente del fondo del alma cuando se realizan en ella determinados fenómenos, ¿por qué el místico no ha de apoyarse igualmente en la que, irresistible y avasalladora, se levanta del fondo de la conciencia cuando se producen en el alma fenómenos sobrenaturales?

Que estos imprimen en el espíritu una convicción profunda, es innegable. Nótese, si no, las frases con que, en los pasajes transcritos, expresa estos efectos la mística Doctora: *El alma en manera alguna puede*

dudar; y no porque es vision, sino certidumbre que queda en el alma, que solo Dios la puede poner.

En otra parte (1), explicando una *vision intelectual* con que la favoreció el Señor, dice: «Se imprime con una noticia tan clara, »que no parece se puede dudar; *que quiere »el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más que lo »que se ve*, ni tanto, porque en esto algunas »veces nos queda sospecha si se nos antojó; acá, aunque de presto dé esta sospecha, *queda por otra parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda.*»

En obsequio de la brevedad, omito otros muchos pasajes que reflejan con igual intensidad la íntima certidumbre de que estaba poseída Teresa de Jesus respecto á las operaciones sobrenaturales que se verificaban en su espíritu.

Ahora bien: si esta certidumbre no es un criterio de verdad, será preciso concluir que los hechos internos del órden sobrenatural no pueden ser apreciados, viniendo á reducirse á una mera fantasmagoría de

(1) *Vid.*, cap. XXVII

nuestro espíritu. Pero no olvidéis que, establecida esta hipótesis, la inflexible fuerza de la lógica nos lleva á negar, ó á poner en duda al ménos, la realidad objetiva de nuestras sensaciones, la realidad de nuestra propia existencia, y otras muchas verdades del órden natural que estriban en aquel criterio, destruído el cual, queda sumida el alma en todos los horrores del más exagerado idealismo.

No negaré que hay una diferencia muy notable entre la certidumbre que versa sobre los hechos naturales, y la que tiene por objeto los del órden sobrenatural; pues, al paso que aquélla es comun á todos los hombres en el estado normal de sus facultades mentales, ésta es privilegio de unos pocos.

Ademas, la primera se distingue no solamente por el sello de universalidad que la caracteriza, sino tambien por la absoluta necesidad que de ella tiene la razon humana; pues, caducando la certeza de las verdades fundamentales y de los hechos primitivos de la conciencia, el raciocinio sería imposible por falta de base y de punto de partida. Por eso creemos que aquell'a certidumbre es una ley de la naturaleza, y, como tal,

un criterio infalible de verdad en todos los casos á que se halla aplicada naturalmente.

La segunda, empero, no revistiendo los mismos caractéres de universalidad y necesidad, no nos ofrece iguales garantías; ni puede calificarse de absurda, ni mucho ménos, la suposicion de que en algunos casos sea hija simplemente de una alucinacion de nuestro espíritu.

No negaré el valor que tiene esta objecion, tomada en absoluto; pero, si bien se la examina, no desvirtúa en lo más mínimo la fuerza de mi argumento. Voy á demostrarlo.

La certeza de los hechos naturales, en el sentido en que la he explicado más arriba, no tiene valor objetivo sino cuando las facultades del alma funcionan regularmente. En el estado anormal de estas facultades, el entendimiento, víctima de una ilusion, objetiva los hechos internos con idéntica conviccion, con la misma certidumbre, que en su estado normal. Lo mismo acontece cuando una afeccion morbosa, ú otra circunstancia extrínseca, altera las condiciones ordinarias y regulares de los sentidos externos; en este caso, estamos expuestos á

ser, y de hecho somos á menudo, víctimas inconscientes de una ilusion engañosa, áun cuando una certidumbre deslumbradora venga á depositar en el fondo de nuestras almas una conviccion profunda.

Pero ¿qué vamos á inferir de aquí? ¿Acaso el absoluto escepticismo con todas sus desastrosas consecuencias? No, por cierto; porque contra una deduccion tan irracional y absurda, la lógica se levanta imponente, y la naturaleza se subleva resistiéndose, á despecho de todas las cavilaciones y de todos los sofismas, á despojarse de una certidumbre que brota de lo más íntimo de su sér.

Las excepciones no destruyen la regla. El valor intrínseco de un criterio no queda desvirtuado por la simple *posibilidad* de que causas extrañas vengan á alterar sus condiciones normales.

Pues bien: si los hechos internos del órden sobrenatural son posibles, cuando se verifiquen han de estar por necesidad presentes á la conciencia, han de causar plena certidumbre, y ésta ha de ser un criterio seguro para conocerlos. La *posibilidad* de la ilusion, así como no es un argumento

contra la veracidad de los demas criterios, tampoco nos da derecho á despojar á éste de la indiscutible autoridad de que se halla revestido.

Verdad es que, si no nos autoriza para tanto, nos impone, por otra parte, el deber de sujetar al más riguroso exámen de la crítica todas las circunstancias que puedan tal vez haber concurrido á falsificar el criterio cuyo testimonio invocamos. Pero ya hemos visto que, por lo que toca á Teresa de Jesus, la crítica imparcial no puede exigir mayores condiciones de sinceridad, de talento y aptitud que las que á maravilla se reúnen en el levantado espíritu y el gran corazon de la egregia escritora.

Y, si esto no fuese bastante, si éstas que podemos llamar condiciones intrínsecas, no se reputasen garantía suficiente de la *realidad* de los hechos sobrenaturales atestiguados por Teresa de Jesus, las condiciones extrínsecas, es decir, el carácter peculiar de su misticismo completaría la demostracion.

¿Cuáles son estas condiciones? Vamos á examinarlo brevemente en el artículo que sigue.



IV.

CARÁCTER DEL MISTICISMO DE STA. TERESA.

Si la Doctora avilesa no fuese más que una alumbrada ó visionaria, en su misticismo se reflejaría ciertamente el vértigo y la fanática exaltacion de una cabeza destemplada. Mas ¡cuánto dista de este extremo el misticismo de Teresa! Vedle deslizarse por aquellas deliciosísimas páginas sereno y apacible, sencillo y majestuoso, rebosando prudencia y mesura y buen sentido.

No creo que pueda darse mayor discrecion que la suya, ni más exquisito tacto en todo lo que concierne á tan delicada materia.

Nunca la veréis osada ni presuntuosa al recorrer los difíciles y peligrosos caminos que traza á las almas ganosas de perfeccion; ántes, por el contrario, cauta y avisada, solicitando siempre las luces de aquellos que *por sus muchas letras* puedan precaver todo extravío. Cuando se ofrece un caso arduo, lo cual es muy frecuente, pues *esto interior es cosa recia de examinar*, es preciso desconfiar siempre de las propias luces.

«En cosas dificultosas (aunque me parece que lo entiendo, y que digo verdad) voy con este lenguaje de que *me parece*, porque, si me engañare, estoy muy aparejada á creer lo que dijeren los que tuvieren letras muchas. Porque, aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que, como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita, y, si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de

»sus grandezas, que tienen bien entendido
»que puede mucho más y más. Y, en fin,
»aunque algunas cosas no tan declaradas,
»otras deben hallar escritas por donde ven
»que pueden pasar éstas. Desto tengo
»grandísima experiencia, y *tambien la tengo*
»*de unos medio letrados espantadizos,*
»*porque me cuestan muy caro.*» (1)

Quien usa un lenguaje tan discreto y de tan gran sentido práctico, ¿puede suponerse que tenga ningun género de afinidad con los ilusos ó visionarios? Cabalmente la obcecacion y la terquedad forman, como es sabido, el carácter de los visionarios y fanáticos de todas las sectas y edades. Y nuestra Doctora considera como condiciones esenciales de su misticismo la humildad del entendimiento y la docilidad del corazon, de modo que, en lo tocante á *revelaciones*, «si es cosa grave lo que se dice (al alma), y que se ha de poner por obra, de sí, ó de terceras personas, *jamás haga nada, ni le pase por pensamiento, sin parecer de confesor letrado, avisado y siervo de Dios, aunque más y más entienda y le*

(1) *Morad. quint.*, cap. 1.º

»parezca claro ser de Dios... Y hacer otra
 »cosa sino lo dicho, y seguirse nadie por
 »su parecer en esto, tégolo por cosa muy
 »peligrosa; y ansí, hermanas, os amonesto
 »de parte de nuestro Señor que jamas os
 »acaezca.» (1)

¿Cómo errar con tan prudentes avisos? Añádase á esto la sagacidad con que prevé y señala los lazos tendidos al alma por las pasiones, por la imaginacion y el temperamento, auxiliados de la ignorancia; y el admirable tino y la delicadeza con que sabe deshacerlos.

En punto á visiones, «tégase aviso, »dice, que la flaqueza natural es muy flaca, »en especial en las mujeres, y en este camino de oracion se muestra más; y ansí »es menester que á cada cosita que se nos »antoje, no pensemos luégo que es cosa »de vision; porque crean que, cuando lo »es, se da bien á entender. Á donde hay »algo de melancolía, es menester mucho »más aviso, porque cosas han venido á mí »destos antojos, que me han espantado »cómo es posible que tan verdaderamente

(1) *Morad. sext.*, cap. 3.º

»les parezca que ven lo que no ven. Una
»vez vino á mí un confesor muy admirado,
»que confesaba una persona, y le decía
»que venía muchos días nuestra Señora, y
»se sentaba sobre su cama, y estaba ha-
»blando más de una hora; y diciendo cosas
»por venir, y otras muchas: entre tantos
»desatinos, acertaba alguno, y con esto
»teníase todo por cierto.

«Yo entendí luégo lo que era, aunque
»no lo osé decir, porque estamos en un
»mundo, que es menester pensar lo que
»pueden pensar de nosotros, para que
»hayan efeto nuestras palabras; y ansí dije
»que se esperasen aquellas profecías si
»eran verdad, y preguntase otros efetos, y
»se informase de la vida de aquella perso-
»na: en fin, venido á entender, era todo
»desatino.» (1)

Hasta llega á burlarse con singular donosura de aquellos devotos que imaginan arrobamientos y visiones y comercio con la Divinidad en cada antojo de sus sesos flacos y enfermizos.

«De un peligro os quiero avisar... en

(1) *Libro de Las Fundaciones*, cap. VIII.

»que he visto caer á personas de oracion
»(en especial mujeres, que, como somos
»más flacas, há más lugar para lo que voy
»á decir), y es que algunas, de la mucha
»penitencia y oracion y vigiliass, y áun sin
»esto, sonse flacas de complexion; en te-
»niendo algun regalo, sujétalas el natu-
»ral,... y déjense embebecer; y, miéntras
»más se dejan, se embebecen más, porque
»se enflaquece más el natural, y *en su seso*
»*les parece arrobamiento, y llámole yo abo-*
»*bamiento*, que no es otra cosa más de
»estar perdiendo el tiempo allí, y gastando
»su salud.» (1)

Mas, para apreciar debidamente la extraordinaria prudencia y el gran sentido práctico de la santa Doctora, es preciso fijarse en la direccion que da á su misticismo, inseparable siempre de la vida activa. Va en busca de Dios, porque sin Dios no hay misticismo, ni virtud siquiera; pero no va por el camino de la *contemplacion enervadora y malsana* que, como dice un escritor contemporáneo, es el alma del falso

(1) *Morad. quart.*, cap. 3.º

misticismo de los *quietistas*, de los *alumbrados* y demas ilusos y visionarios de la misma laya; los cuales desprecian la *vida activa*, haciendo consistir la perfeccion en la extincion y total aniquilamiento de la propia individualidad, que aseguran va á abismarse y perderse en la Infinita Esencia, para alcanzar un estado de irresponsabilidad en el cual las obras son de todo punto indiferentes.

La Doctora de Ávila no va por esas tortuosas veredas. En la oracion de *recogimiento*, en la de *quietud* y en la de *union*, en los más altos grados de perfeccion á que sube el alma siguiendo los caminos señalados por nuestra Doctora, se mantiene siempre vivo el sentimiento de la propia individualidad; porque, por estrecha que llegue á ser la *union con Dios*, siempre se entiende que »ha de procurar (el alma) ir adelante en el »servicio de nuestro Señor y en el conoci- »miento propio; que, si no hace más de »recibir esta merced, y, como cosa ya »segura, descuidarse en su vida, y torcer »el camino del cielo (que son los manda- »mientos), acaecerle ha lo que á la palomica »que sale del gusano, que echa la simiente

»para que produzcan otras, y ella queda
»muerta para siempre.» (1)

Aquí el alma, por muy altas que sean las mercedes que recibe del Señor, jamas se duerme en brazos de una confianza enervadora, ni sueña con la necia impecabilidad, á cuya sombra vegetan todas las malas pasiones del misticismo fanático. Antes bien, «miéntras más favorecidas de su
»Majestad, andan más acobardadas y temerosas de sí; y, como en estas grandezas
»suyas han conocido más sus miserias, y se les hacen más graves sus pecados, andan
»muchas veces, que no osan alzar los ojos,
»como el Publicano... Algunas veces las
»grandes mercedes las hacen andar más
»aniquiladas; temen que, como una nao
»que va muy demasiado de cargada, se va
»á lo hondo, no les acaezca así.» (2)

En la escuela de la Doctora de Ávila, *Marta y María andan siempre juntas*; y la caridad con el prójimo es la piedra de toque del aprovechamiento espiritual.

Dios no favorece con sus dones al alma

(1) *Morad. quint.*, cap. 3.º

(2) *Morad. sétim.*, cap. 3.º

contemplativa, para que, dando de mano á la vida activa y al trato de las gentes, los saboree y se regale con ellos á sus solas; pues «siempre hemos visto que los que »más cercanos anduvieron con Cristo nues- »tro Señor, fueron los de mayores traba- »jos... ¿Cómo pensáis que pudiera sufrirlos »S. Pablo tan grandísimos? Por él podemos »ver *qué efectos hacen las verdaderas visio- »nes y contemplacion*, cuando es de nuestro »Señor, y no imaginacion, ó engaño del »demonio. ¿Por ventura escondióse con »ellos, para gozar de aquellos regalos, y »no entender en otra cosa? Ya lo veis que »no tuvo día de descanso, y tampoco le »debía de tener de noche, pues en ella »ganaba lo que había de comer.» (1)

¿Creéis acaso que el verdadero misti- cismo sea inerte y egoísta? ¿Creéis que el alma abismada en la verdadera contempla- cion de la divinidad, llegue nunca á ener- varse en la inaccion, rehuyendo trabajar en bien de sus hermanos? Quédese esto allá para el falso misticismo, aficionado á deslumbramientos y trampan'tojos; el de

(1) *Morad. sétim.*, cap. 4.º

nuestra egregia Doctora, brotando viril y expansivo de su graciosa pluma, se distingue precisamente por su actividad y amor al prójimo. Oigamos á la ilustre Maestra:

»La más cierta señal que hay de si
»guardamos estas dos cosas, es guardando
»bien la del amor al prójimo; porque, si
»amamos á Dios, no se puede saber, aun-
»que hay indicios grandes para entender
»que le amamos; mas el amor del prójimo
»sí. Y estad ciertas que, miétras más en
»éste os viéredes aprovechados, más lo
»estáis en el amor de Dios...

«Cuando yo veo almas muy diligentes
»á entender la oracion que tienen, y muy
»encapotadas cuando están en ella, que
»parece no se osan bullir, ni menear el
»pensamiento, porque no se les vaya un
»poquito de gusto y devocion que han
»tenido, *hácenme ver cuán poco entienden*
»*del camino por donde se alcanza la union,*
»*y piensan que ahí está todo el negocio. Que*
»*no, hermanas, no; obras quiere el Señor;*
»que, si ves una enferma á quien puedes
»dar un alivio, no se te dé nada de perder
»esa devocion, y te compadezcas della, y,
»si tiene algun dolor, te duela á ti, y, si fuere

»menester, lo ayunes, porque ella lo coma,
»no tanto por ella, como porque sabes
»que tu Señor quiere aquello. *Ésta es la
»verdadera union con su voluntad...*» (1)

Tal es el *criterio místico* de Teresa de Jesus. Un criterio tan elevado y un sentido práctico tan notable ¿pueden tener ningun parentesco con la ilusion y el fanatismo? Es preciso, pues, convenir en que la crítica más severa nada puede objetar seriamente á la realidad de los hechos sobrenaturales afirmados por la ilustre Doctora.

No me detendré á examinar particularmente estos hechos, porque traspasaría los límites prefijados á este escrito por la índole del tema que me he propuesto desarrollar. Sin embargo, preguntaré ántes de concluir: ¿Conocéis el resultado final del misticismo de Teresa de Jesus? ¿Sabéis á dónde conducen aquellas sendas misteriosas tan hábilmente descritas por la graciosa pluma de la Doctora avilesa? ¿Sabéis, por último, qué efectos producen en el alma aquellas secretas operaciones divinas cuyos principios y progresos sigue la santa

(1) *Morad. quint.*, cap. 3.º

escritora paso á paso y con incansable perseverancia? Pues oíd un breve resúmen de todas estas cosas; y notad de pasada la belleza y sublimidad de esta doctrina, y el profundo sentido filosófico y teológico que se oculta en el fondo de su aparente sencillez; de donde no podréis ménos de inferir que, si el misticismo de Teresa de Jesus *no fuese verdadero, seria más admirable el inventor que el héroe.*

El fin del misticismo es la *union por amor*; porque, así como Dios tiene una morada en el cielo, ha de tener una estancia en el alma, y, *digamos, otro cielo*, en donde sólo su Majestad mora.

Como no vemos al alma, imaginamos que es alguna cosa oscura. Esto sucede con la que no está en gracia, y *no por falta del Sol de justicia que está en ella dándole el sér*, sino por ser ella incapaz de recibir la vivificadora influencia de aquella luz divina.

El alma, pues, no es una cosa arrinconada y limitada, sino todo un mundo interior en donde caben muchas y muy lindas moradas; y así es razon que sea, pues dentro de esta alma hay morada para Dios.

Cuando, pues, su Majestad es servido

de hacer al alma merced de unirla á Sí estrechamente, y levantarla al grado superior de *union*; despues que ha recorrido los grados inferiores, la mete en su propia morada, y luégo, por medio de una grandísima luz que le infunde, le hace entender con grandísima verdad los más altos misterios de la fe. *Esto lo entiende el alma por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo, porque no es vision imaginaria;* cumpliéndose aquí aquellas palabras del Evangelio en donde dice el Señor que vendrán Él y el Padre y el Espíritu Santo á morar en el alma que le ama y guarda sus mandamientos.

«¡Oh, váleme Dios! ¡cuán diferente cosa es oír estas palabras, y creerlas! Á entender por estas palabras, ¡cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de ella (las Personas divinas), sino que notoriamente ve que están en lo interior de su alma; en una cosa muy honda, siente en sí esta divina compañía.»

Dios entónces da al alma afortunada el ósculo de paz, y, *apartando della todo lo que es corpóreo, la deja en puro espíritu,*

para que se pueda juntar en union celestial con el Espiritu increado. En vaciando nosotros el alma de todo lo que es criatura, Dios la hinche toda de Sí, segun aquellas palabras de la Escritura: Ut sint consummati in unum; ut sint unum sicut et nos. (1)

(1) *Joann., XVII.*



APÉNDICES

APÉNDICES





APÉNDICES

AL

ARTÍCULO PRIMERO.

I.

LAS IDEAS NECESARIAS Y UNIVERSALES.

(VÉASE LA PÁGINA 10.)



EL sistema de Malebranche, de que »el hombre lo ve todo en Dios, »es insostenible; pero revela un »pensador muy profundo.» Así se expresa Bálmes, al explicar la naturaleza y origen de las ideas universales y necesarias.

Sería empresa fácil la de transcribir gran número de pasajes de insignes filósofos y pensadores profundos que han tratado esta

cuestion probando con irrefutables argumentos que la *verdad* es una reverberacion de la Suprema Inteligencia en nuestras mentes.

En efecto: reconocida la necesidad absoluta de las verdades universales, que no puede dejar de reconocerse, á ménos de proclamar el más grosero materialismo, en vano será buscar su origen en otra parte que en Dios; porque sólo en Él, sólo en su Infinita Esencia, reside lo inmutable, lo eterno y absoluto. Nuestro espíritu, finito y variable, nuestro espíritu, que va y viene movido por el continuo flujo y reflujo de ser y no ser en que se agita, es molde demasiado estrecho para que hayan podido ser vaciadas en él las verdades eternas, que, preexistiendo á toda concepcion de nuestra mente, abarcan todos los tiempos, se extienden á todos los lugares, y se sobreponen á todas las vicisitudes de las cosas finitas y contingentes.

No sé resistir el deseo de copiar una elocuente y filosófica página de Fenelon, tomada de su inmortal obra *Tratado de la existencia de Dios* (1). Dice así:

(1) *Seconde partie, chapitr. IV.*

«Mi espíritu cambia y vacila frecuentemente, vive en la ignorancia, está sujeto á error, y es precipitado en sus juicios, propendiendo á creer lo que no comprende, y á juzgar de las cosas sin haber consultado ántes atentamente sus propias ideas, esas ideas que son de suyo ciertas é inmutables. Mis ideas, pues, no son miyo, ni yo soy en manera alguna mis ideas. ¿Qué cosa, pues, imagino que son mis ideas? Cierto que no son esas cosas que aparecen en derredor mío; porque ¿sé yo acaso si esos séres existen realmente fuera de mí? Mas, por lo que toca á las ideas que tengo en mí, no puedo dudar que realmente existen. Por lo demas, los séres que me rodean, son singulares, contingentes, variables y pasajeros; pero mis ideas son universales, necesarias, eternas é inmutables.

»Aun cuando yo dejase de existir, y de pensar en la esencia de las cosas, no por eso cesaría de existir la verdad de la misma. Aun en esta suposicion, continuaría siendo verdad que la nada no puede pensar; que una cosa no puede ser y no ser á un mismo tiempo; que es mayor perfec-

»cion existir por sí mismo, que haber reci-
»bido de otro la existencia. Estas ideas
»generales son inmutables, y están patentes
»de continuo á todos los que tienen ojos
»para ver. Podrán faltar los espectadores;
»pero, sean, ó no, vistas, siempre son
»igualmente visibles. Estas verdades, pues,
»presentes sin cesar á todo ojo que está
»abierto para ver, no pueden confundirse
»de ningun modo con esa vil muchedumbre
»de séres singulares y variables que no
»han existido siempre, y que, si comienzan
»á existir, es sólo para volver á la nada
»dentro de breves momentos. ¿Dónde es-
»táis, pues, ¡oh ideas más!, vosotras que
»os halláis tan cerca y tan léjos de mí;
»vosotras que ni sois yo, ni nada de lo que
»me rodea; pues esas cosas que están en
»derredor mío, y esotra cosa á que llamo
»mi yo, son tan imperfectas?

»¡Qué! ¿Por ventura mis ideas serán
»Dios mismo? Lo cierto es que son supe-
»riores á mi espíritu, pues le rigen y ende-
»rezan. Lo cierto es que llevan impreso el
»carácter de la Divinidad, porque son uni-
»versales é inmutables como Dios. Y exis-
»ten realmente, porque, segun el principio

» que hemos sentado anteriormente, nada
» hay que tenga una existencia tan real y
» positiva, como las cosas universales é
» inmutables. Si lo que es variable, pasajero
» y prestado, verdaderamente existe, con
» mayor razon deberá existir lo que de
» suyo es inmutable y necesario. Preciso es,
» pues, hallar en la naturaleza alguna cosa
» real y existènte que sea mis ideás; alguna
» cosa que esté dentro de mí, y que, con
» todo eso, no sea mi yo; que sea superior
» á mí, y esté en mí, áun cuando yo no
» piense en ella; una cosa tal, que, estando
» yo con ella, piense estar completamente
» solo, como si no estuviese más que con
» nigo mismo; una cosa, en fin, que me esté
» más presente, y me sea más íntima, que
» mi propia naturaleza. Esa cosa que no sé
» definir, esa cosa tan admirable, tan fami-
» liar y desconocida, no puede ser más que
» Dios. Así, pues, la Verdad, universal é
» indivisible, es quien me enseña como en
» fragmentos, para acomodarse á mi capa-
» cidad, todas las verdades que tengo nece-
» sidad de conocer.»

Merece ser leído atentamente todo el capítulo, porque, si exceptuamos el ocasio-

nalismo de que adolece, y tal vez algo de ontologismo, es muy notable por el tono elocuente y la elevacion de ideas, que brillan en todas sus páginas.

Bossuet, hablando igualmente de las verdades necesarias, dice: «Estas verdades y todas las demas que de ellas deduzco por medio de un racionio cierto, subsisten independientemente de todo tiempo; pues las conocerá un entendimiento humano en cualquier tiempo en que yo lo imagine existente; pero, al conocerlas, las hallará siendo ya verdades; y no será él quien las haga tales, porque nuestras ideas no hacen sus objetos, sino que los suponen. Así, pues, estas verdades subsistían anteriormente á todos los siglos y á todo entendimiento humano. Y, aún en la suposicion de que fuese destruído todo lo que se hace segun las reglas de las proporciones, es decir, todo lo que existe en la naturaleza, excepto yo, estas reglas se conservarían en mi entendimiento; y vería claramente que continuarían siendo siempre buenas y siempre verdaderas, aún cuando fuese yo aniquilado juntamente con todas las demas cosas.

»Si ahora voy á buscar en dónde ó en
»qué sujeto subsisten eternas é inmutables
»como son ellas en sí, véome obligado á
»reconocer la existencia de un sér en el
»cual la verdad subsiste eternamente, y es
»conocida siempre. Y ese ente ha de ser
»la verdad misma, y toda la verdad; y de
»él es de quien se deriva la verdad que
»hay en todos los séres que existen y que
»conocen fuera de él.» (1)

Se ofrece tan clara y luminosa esta verdad á nuestra mente, y son tan vastos los horizontes que le abre, que no es de extrañar que el inmoderado afan de recorrerlos haya extraviado á algunos filósofos, haciéndoles incurrir en exageraciones tan peligrosas como la de suponer una comunicacion natural, íntima y directa, de la inteligencia humana con el Entendimiento Divino.

Ya se ha visto más arriba que, en sentir de Malebranche, vemos todas las cosas en Dios, á quien, segun el sistema de aquel filósofo, conocemos directa é intuitivamente.

El racionalismo trascendental ha extre-

(1) *De la connaissance de Dieu et de soi-meme*, chap. IV, n.º 5.

mado más todavía la verdad de la comunicación de nuestras mentes con Dios, hasta el punto de imaginar identidad absoluta entre la inteligencia humana y el inteligible divino; pues asegura que nuestras ideas no son otra cosa que formas diversas y manifestaciones infinitamente variadas de un Espíritu único, de una Razon impersonal, idéntica siempre, y siempre eterna é infinita. (1)

(1) «En la admision del principio fundamental estoy de acuerdo con Schelling y Hegel... Lo que en los sistemas de éstos se llama, no con exactitud, *intuicion intelectual*, yo lo llamo *conocimiento de Dios, intuicion de Dios, ó vision del sér...*»

«Conocemos la *Razon* como un reino de espíritus finitos, ó séres racionales, y tenemos tambien el pensamiento de *una entera Razon que contiene todos estos séres racionales, y por cuya esencia todos esos séres se dirigen.*» Krause, citado por Ortí y Lara, *Lecciones sobre el sistema de filosofía panteística del alemán Krause*, pag. 18 y 77.

Tiberghien, admirador y discípulo aprovechado de Krause, cree que sobre este punto no cabe ya discusion, porque la *ciencia* ha pronunciado su fallo definitivo.

«El carácter infinito y absoluto, *dice*, de la razon ha sido reconocido en todas las épocas del movimiento filosófico. Basta citar los nombres de Platon, de Aristóteles, de Bossuet, de Fenelon, de Malebranche. Esta verdad puede considerarse como definitivamente adquirida para la ciencia, despues de los trabajos de M. Cousin y de M. Bouiller (*Théorie de la raison impersonnelle*). Empieza á entrar cada vez más en el dominio de la ciencia social.» *Teoría ae lo infinito*, cap. III, n.º 48, nota.

No es éste el lugar oportuno para examinar dichos sistemas; pero he creído que debía referirme á ellos, siquiera fuese con el objeto de señalar el escollo que se oculta en la doctrina de la comunicacion de nuestras almas con Dios, si no se le da su justo valor, manteniéndola dentro de sus límites naturales y verdaderos.

Sin embargo, no estará demas recordar aquí lo que enseña Sto. Tomas sobre esta cuestion.

«Cuando se pregunta si el alma humana conoce todas las cosas en las ideas eternas; ha de contestarse que una cosa puede ser vista en otra de dos maneras. Primeramente, viéndola en otro objeto conocido, como, por ejemplo, cuando se ven en un espejo las imágenes de las cosas que en él se reproducen; y *de este modo no puede la inteligencia humana, durante esta vida, ver todas las cosas en las ideas eternas*; este modo de conocer es propio solamente de los bienaventurados, que ven á Dios, y en Él todas las cosas. Otro modo hay de conocer una cosa en otra: y es conocerla en aquello que es el principio ó causa del conocimiento; como si,

» por ejemplo, dijésemos que se ven en el sol
 » todas aquellas cosas que se ven por me-
 » dio de él. *Y en este sentido debe decirse*
 » *que el alma conoce todas las cosas en las*
 » *ideas eternas, por cuya participacion tene-*
 » *mos este conocimiento.* Pues la luz natural
 » que hay en nosotros, no es más que cierta
 » participacion de la luz increada, en la cual
 » están contenidas las ideas eternas. Por
 » esto dice el Salmista: *Impresa está, Señor,*
 » *sobre nosotros la luz de tu rostro.* (1)

Terminaré este apéndice con las si-
 guientes notables palabras de un sabio
 comentador de la filosofía de Sto. Tomas,

(1) *Cum, ergo, queritur, utrum anima humana in ratio-
 nibus æternis omnia cognoscat; dicendum est quod aliquid in
 aliquo dicitur cognosci dupliciter. Uno modo sicut in objecto
 cognito, sicut aliquis videt in speculo ea quorum imagines in
 speculo resultant; et hoc modo anima in statu præsentis vite
 non potest videre omnia in rationibus æternis; sed sic in ratio-
 nibus æternis cognoscunt omnia beati, qui Deum vident, et
 omnia in ipso. Alio modo dicitur aliquid cognosci in aliquo,
 sicut in cognitionis principio; sicut si dicamus quod in sole
 videntur ea quæ videntur per solem. Et sic necesse est dicere
 quod anima humana omnia cognoscat in rationibus æternis,
 per quarum participationem omnia cognoscimus. Ipsum enim
 lumen intellectuale, quod est in nobis, nihil est aliud quam
 quædam participata similitudo luminis increati, in quo conti-
 nentur rationes æternæ. Unde (Psal. IV, 6.) dicitur: «Signatum
 est super nos...» etc. 1.º P., Qæst. 84, art. 5.*

que pueden considerarse como un resumen de la doctrina expuesta acerca de las ideas necesarias:

«De Dios, principio, centro y término
»final de toda verdad, salen dos rayos de
»luz, que, después de haber sido divergen-
»tes, pasando el uno por nuestra alma inte-
»lectual, destello de la luz increada, *parti-*
»*cipatio luminis increati*, y el otro por los
»objetos y existencias finitas, se hacen
»después convergentes, para reunirse y
»concentrarse en el foco de nuestra razón,
»haciendo brotar de las profundidades de
»nuestra inteligencia la verdad, cuyo cono-
»cimiento y posesión constituyen el patri-
»monio sublime del hombre sobre la tie-
»rra.» (1)

(1) Zeferino González, *Estudios sobre la Filosofía de Sto. Tomás*, tom. 1.º, libr. 2.º, cap. 23.

II.

EL ÓRDEN SOBRENATURAL.

(VÉASE LA PÁGINA 13.)

Se niega lo sobrenatural en nombre de la ciencia. Yo creo que, por el contrario, la ciencia es la mejor prueba de la realidad de un mundo superior; porque, si analizamos detenidamente el concepto de ciencia, veremos brotar de su propio fondo el argumento más convincente de la verdad de lo sobrenatural.

Situémonos en el punto de vista menos favorable; elijamos, por objeto de nuestro exámen, la ciencia que más distante esté, no ya del *sobrenaturalismo*, sino del *espiritualismo*: la que se concreta *exclusivamente* al estudio del mundo material.

Aun en este caso, no hay conocimiento científico posible, si no salimos de los estrechos límites de la experimentación. Ésta no nos ofrece más que hechos concretos, individuales, contingentes, en mayor ó menor número, y más ó menos aptos para

formar, digámoslo así, la primera materia de nuestras investigaciones científicas, pero que en sí mismos son completamente estériles, si no se combinan con esos gérmenes intelectuales, llamados *primeros principios*, *verdades necesarias*, etc., etc., que una mano pródica depositó en nuestra mente.

Los fenómenos del mundo físico, aislados del orden intelectual, no producen más que sensaciones; y las sensaciones por sí solas no constituyen la ciencia, cuyo carácter es la necesidad y la universalidad. *Non datur scientia nisi de universali*, decían los escolásticos; porque, sin principios ciertos, sin verdades necesarias, sin ideas universales, la ciencia es de todo punto imposible. Sin la abstracción, sin la generalización, sin la inducción y la deducción, tendréis un bruto que siente, mas no un hombre que piensa.

El materialista podrá señalar á estos elementos intelectuales el origen que más le plazca; pero la verdad es que pertenecen á un mundo suprasensible, que no son ni pueden ser objeto de la experimentación, porque en el orden de la sensibilidad no hay más que hechos variables, contingentes

y pasajeros; y aquellos principios, como queda probado en el apéndice primero, son inmutables, universales, eternos y necesarios.

El materialista, pues, cuando trabaja en el terreno de la ciencia, no puede prescindir de la Metafísica, á la cual, aún en el momento mismo de renegar de ella, tiene que pedir prestadas algunas verdades, so pena de quedar incapacitado para toda afirmacion verdaderamente científica.

Por otra parte, ¿con cuánta frecuencia no abandona el materialista el procedimiento experimental, lanzándose sin escrúpulos ni vacilaciones por un camino diametralmente opuesto? ¿Ha asistido, por ventura, á la formacion de nuestro globo? ¿Ha sido testigo presencial de la aparicion de la vida en la tierra? Y, sin embargo, ¿no veis cómo se afana por completar con teorías, más ó menos especiosas, la deficiencia de las pruebas experimentales respecto á éstas y otras cuestiones análogas? Pues bien: las teorías pertenecen al órden intelectual, porque, aún cuando tengan por punto de partida los fenómenos materiales, invaden necesariamente los dominios de la

Metafísica; bajo cuya jurisdicción caen, sin duda alguna, las ideas de sér, causa, sustancia, movimiento, espacio, tiempo, y otras mil, que entran como elementos indispensables en la formación y estructura de todo organismo científico.

Así, pues, el mundo material supone el intelectual y suprasensible. El primero se completa con el segundo, y media entre los dos tan estrecha unión, que es imposible, en el actual órden de cosas, separarlos, sin destruirlos.

Y no vaya á creerse que el mundo intelectual es un mundo imaginario, un mundo de fórmulas vanas é inconsistentes, sacadas, por arte desconocido, del fondo de nuestra propia actividad. Si así fuera, también la ciencia, esa ciencia á que el materialista mismo rinde fervoroso culto, sería vana é imaginaria como el órden intelectual que le sirve de base y sustentáculo.

Ó la ciencia no tiene ningun valor, ó la verdad y realidad del mundo metafísico es de todo punto indiscutible.

Ahora bien: ese mundo, lo propio que el de la materia, tiene sus *misterios*. El ojo del entendimiento humano no puede abar-

car la inmensidad de los espacios intelectuales, así como no pueden los sentidos medir los límites de la extensión material. Más allá de la esfera de actividad de nuestra mente, de igual modo que fuera del alcance de los sentidos corporales, no hay la *nada*, no reinan las tinieblas del vacío, ni el silencio de la muerte, sino la luz y la vida; luz y vida que, no por ser de nosotros ignoradas, dejan de existir, y derramarse por la inmensidad de aquellos espacios inexplorados.

Lo sobrenatural no es más que ese mundo suprasensible que comienza precisamente allí mismo donde termina la capacidad de nuestro entendimiento; ese más allá en que no penetra nuestra razón, pero cuya realidad y existencia no puede poner en duda, porque se deducen, por una rigurosa conclusión, de principios incontrovertibles; así como no podemos negar la realidad de la sustancia que se oculta debajo de los accidentes, por más que nuestros sentidos no la alcancen; ni la realidad de nuestra alma, por más que su naturaleza no sea objeto directo de la experimentación interna.

Poco importa que lo sobrenatural sea *misterioso*; el misterio no supone carencia de realidad en el *objeto* conocible, sino limitación de la capacidad de conocer en el *sujeto* inteligente; no supone sombras y oscuridades, sino luz vivísima para cuya percepción no está debidamente organizado el ojo de la criatura.

El fondo de este pensamiento es nada ménos que del patriarca del positivismo contemporáneo, Augusto Comte, que ha escrito estas notables palabras: «Lo inco-
»nocible, lo que *está más allá del saber*
»*positivo*, ya materialmente, como el fondo
»del espacio sin límites, ya intelectualmente,
»como el encadenamiento de las causas sin
»término, es inaccesible para el espíritu
»humano. *Pero inaccesible no quiere decir*
»*nulo, ó no existente*. La inmensidad, tanto
»la material, como la intelectual, está ínti-
»mamente unida con nuestros conocimien-
»tos... Es un océano que viene á lamer
»nuestras playas, y para el cual no tenemos
»ni barca ni velas.» (1)

(1) Citado por Moigno, *Esplendores de la Fe*, tom. I.º, cap. VI.

«Si el conocimiento humano, *dice un*
»*sabio apologista católico*, no puede ser el
»conocimiento absoluto, nuestra intelligen-
»cia se halla circunscrita necesariamente á
»un límite, fuera del cual nada percibe la
»mirada más penetrante; mas *precisamente*
»*este límite, por lo mismo que existe, nos*
»*suministra la prueba más segura de un*
»*mundo superior.*» (1)

Así, pues, lo *sobrenatural* existe; es un mundo que confina con el nuestro; un océano que incesantemente lame nuestras playas. Pero ¿será verdad lo que dice A. Compté, que no tenemos ni barca ni velas para penetrar en él? Entónces, ¿cómo se explica el vehementísimo deseo que atormenta nuestro espíritu, de explorar la inmensidad de ese océano cuyas riberas tan distintamente percibimos? ¿Quién, y por qué, ha dotado nuestra inteligencia del invencible instinto que nos lanza á investigar el origen y la razón de todas las cosas, y que no se satisface con ménos que con el conocimiento de la verdad en su misma absoluta esencia?

(1) Hettinger, *Apología del Cristianismo*, tom. 1.º, confer. 11.

Porque es indudable que todas las almas grandes y todas las inteligencias poderosas suspiran por recorrer aquel mundo superior, cuya existencia columbran y presienten; pues «por la sola razón de saber »que Dios es la causa de todas las cosas »que vemos, nuestro natural deseo de conocer no se contenta con las criaturas, »sino que anhela ver la esencia misma de »Dios.» (1) No le basta á nuestra inteligencia la simple noticia de que existe un mundo sobrenatural; necesita penetrar en él, necesita estudiarlo y abarcarlo con su »mirada, porque «el natural deseo de saber »que agita nuestro espíritu, no se calma »con sólo conocer que Dios existe.» (2) Únicamente la contemplación de la Esencia Divina puede colmarlo.

(1) *Per hoc, igitur, quod... cognoscunt omnium rerum, quarum substantiam vident, esse Deum causam, non quiescit naturale desiderium in ipsis, nisi ipsam Dei substantiam videant.* S. Thomas, *Contra Gent.*, lib. III, cap. 50.

(2) *Non, igitur, quietatur naturale sciendi desiderium in cognitione Dei, qua scitur de ipso solum quia est...*

Nos autem, quantumcumque sciamus Deum esse, et alia quæ supra dicta sunt, non quiescimus desiderio, sed adhuc desideramus Deum per essentiam suam cognoscere. S. Thom., loc. cit.

Siendo esto así, habiéndonos infundido el Criador ese ardentísimo deseo, esa aspiración nobilísima, ¿nos hubiera negado los medios de poderlos llenar cumplidamente? ¿Se hubiera complacido Dios en situarnos junto á ese océano que lame nuestras playas, sin proponerse otro fin que excitar nuestra curiosidad y avivar nuestro anhelo, para atormentarnos cruelmente privándonos de la barca y las velas indispensables para entrar en él?

Tenemos, pues, barca y velas. La revelación nos proporciona ambas cosas, y con el auxilio de ellas nos introduce en el océano de lo sobrenatural, enseñándonos, iluminadas por la fe, algunas de las innumerables bellezas esparcidas por aquella inmensidad.

El místico se engolfa mucho más en este océano que el comun de los creyentes; pero uno y otros logran descubrir en él verdades que, si bien ahora sólo en parte aquietan el natural deseo de saber, lo alimentan, en cambio, con la esperanza de que un día disfrutará de la verdad conocida en su fuente y orígen primitivos.



APÉNDICES

AL

ARTÍCULO SEGUNDO.

I.

TEOLOGÍA MÍSTICA.

(VÉASE LA PÁGINA 23.)



UN ilustre teólogo, hablando de la ciencia que el místico adquiere por la contemplacion de las cosas divinas, dice: «La acendrada piedad y sublime contemplacion á que viven consagradas esas almas superiores, hinche su mente de cierta teología celestial. Pues no deben á un trabajo ímprobo, ó á un prolongado estudio, sino á la luz que les

»viene de lo alto, y á la experiencia de las
 »cosas divinas, el don de penetrar en los
 »más recónditos arcanos de aquella ciencia
 »que los teólogos y los SS. Padres no al-
 »canzaron sino despues de un profundo
 »estudio de las Escrituras y de la tradi-
 »cion.» (1)

Efectivamente, tan adentro penetra el místico en la ciencia de Dios, y tan sublimes son los misterios que descubre, iluminado por la gracia y el amor, que el frío razonamiento no es suficiente para explicar cosas tan altas. Cuando el alma, auxiliada por Dios, ha logrado encumbrarse á las excelsitudes de la vida mística, conoce por unos medios tan extraordinarios (2), que ni la mente puede formar ideas adecuadas á los objetos que contempla, ni el lenguaje humano inventar locuciones apropiadas á la grandeza de los mismos. (3)

(1) Tomassini, *Dogmat. Theolog.*, tom. 6, De Gratia, II, Præfat.

(2) *Vidi quæcumque oculo animæ meæ, supra oculum animæ meæ, supra mentem meam, lucem incommutabilem.* D. Augus., Confess. lib. VIII, cap. 10.

(3) *Subitis excessibus supra se et supra creatas omnes naturas raptâ, audit inefabilia, videt quod videri non potest, intelligit quod supra intellectum est.* Thomass., loc. citat., tom. 1, lib. IV, cap. XII.

En aquellas altísimas regiones se habla un lenguaje «tan del cielo, que acá se puede de mal dar á entender, aunque más queramos decir, si el Señor por experiencia no lo enseña. Pone él Señor lo que quiere que el alma entienda en lo muy interior del alma.» (1)

Así es que los libros de teología mística enseñan los caminos por donde ha de llegar el alma á las cimas de la contemplación, guiándola, por decirlo así, hasta el vestíbulo de la ciencia divina; pero no descorren el velo que oculta á la vista de los profanos los misterios del amor.

No obstante, el alma iniciada en ellos, puede hacerlos columbrar, ora al trasluz de ciertas consideraciones hijas de la propia experiencia, ora dando expansion á los afectos sobrehumanos de que se halla poseída, y haciendo llegar hasta nosotros algunas ligeras notas de las vibraciones que la conmueven, ó algunas pequeñas chispas del fuego que la devora.

Por ese medio podemos entrever, y como adivinar, los arcanos de aquella nobi-

(1) Sta. Teresa, *Vida*, cap. XXVII.

lísima ciencia, que se traducen, aunque muy imperfectamente, en sublimes aspiraciones, en ardorosos anhelos y místicos arranques, de una alma que ha visto en el seno de la Divinidad inenarrables maravillas.

Véanse algunos destellos de esa luz celestial en las siguientes apasionadas frases, entre otras mil que fácilmente pudieran entresacarse de las obras de la mística Doctora:

«Cuando este Esposo riquísimo la quiere enriquecer (al alma) y regalar más, conviértela tanto en Sí, que, como una persona que el gran placer y contento la desmaya, le parece que queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada á aquel sagrado costado y á aquellos pechos divinos: no sabe más de gozar, sustentada con aquella leche divina con que la va criando su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada día más... Vese criada y mejorada, sin saber cómo lo mereció; enseñada en grandes verdades, sin ver el Maestro que la enseña; fortalecida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe hacer.

» ¡Oh, hijas mías! déos nuestro Señor á
 » entender, ó, por mejor decir, á gustar
 » (que de otra manera no se puede enten-
 » der) qué es del gozo del alma cuando
 » está así... S. Pablo dice que *no son dig-
 » nos todos los trabajos del mundo para la
 » gloria que esperamos*; yo digo que no son
 » dignos, ni pueden merecer una hora de
 » esta satisfaccion que aquí da Dios al alma,
 » y gozo y deleite. No tiene comparacion, á
 » mi entender, ni se puede merecer un re-
 » galo tan regalado de nuestro Señor, una
 » union tan unida, un amor tan dado á en-
 » tender y gustar, con las grandezas del
 » mundo.

» ¡Oh, Jesus mío! ¡Quién pudiera dar á
 » entender la ganancia que hay de arrojar-
 » nos en los brazos de este Señor nuestro,
 » y hacer un concierto con su Majestad,
 » *que yo para mi Amado, y mi Amado para
 » mí; y mire Él por mis cosas, y yo por las
 » tuyas!*» (1)

En estos pasajes se oye palpar un co-
 razon henchido de suavísimos afectos; se
 deja sentir todo el calor, toda la eferves-

(1) *Conceptos del amor de Dios*, cap. IV.

encia, de un espíritu que ha tenido la dicha de saborear los regalos y dulzuras de la union con Dios.

Pero la vida mística no consiste sólo en afectos; es á un mismo tiempo luz celestial, fulguracion misteriosa que rasga momentáneamente las nubes que circuyen el trono de Dios, para que pueda el alma columbrar los arcanos de lo infinito. (1)

«Acaece, cuando el Señor es servido,
 »estando el alma en oracion, y muy en sus
 »sentidos, venirle de presto una suspen-
 »sion, á donde la da el Señor á entender
 »grandes secretos, que parece los ve en el
 »mesmo Dios...; ni aunque digo que ve, no
 »ve nada, porque no es vision imaginaria,
 »sino muy intelectual, á donde se le descu-
 »bre cómo en Dios se ven todas las cosas,
 »y las tiene todas en Sí mismo...

»Tambien acaece así muy de presto, y
 »de manera que no se puede decir, mos-
 »trar Dios en Sí mismo una verdad que
 »parece deja oscurecidas todas las que hay

(1) *Quum duo sint contemplationis excessus: in intellectu unus, et alter in affectu; unus in lumine, alter in fervore; unus in agnitione, alter in devotione.* D. Bernardus, *In Cantica*, serm. 49.

»en las criaturas, y muy claro dado á entender que Él solo es verdad, y que no puede mentir.» (1)

Oigamos ahora á otro de nuestros grandes místicos, que canta las excelencias de esta ciencia verdaderamente trascendental, cuyos profundos arcanos, aprendidos en las alturas de la más subida contemplacion, apénas si puede balbucir la lengua humana:

«Entréme donde no supe,
»Y quedéme no sabiendo,
»Toda ciencia trascendiendo.

»Yo no supe dónde entraba,
»Porque, cuando allí me vi,
»Sin saber dónde me estaba,
»Grandes cosas entendí;
»No diré lo que sentí,
»Que me quedé no sabiendo,
»Toda ciencia trascendiendo.

»De paz y de piedad
»Era la ciencia perfecta,
»En profunda soledad,

(1) *Morad. sext.*, cap. 10.

- » Entendida vía recta;
- » Era cosa tan secreta,
- » Que me quedé balbuciendo,
- » Toda ciencia trascendiendo.

.
.
.

- » Este saber no sabiendo,
- » Es de tan alto poder,
- » Que los sabios arguyendo,
- » Jamas le pueden vencer;
- » Que no llega su saber
- » A no entender entendiendo,
- » Toda ciencia, trascendiendo.

- » Y es de tan alta excelencia
- » Aqueste sumo saber,
- » Que no hay facultad ni ciencia
- » Que le puedan emprender;
- » Quien se supiera vencer
- » Con un no saber sabiendo,
- » Irá siempre trascendiendo.

- » Y, si lo queréis oír,
- » Consiste esta suma ciencia

- » En un subido sentir
- » De la divinal Esencia;
- » Es obra de su clemencia
- » Hacer quedar no entendiendo,
- » Toda ciencia trascendiendo. (1)

Ni aún la filosófica pluma de S. Agustín, profundamente versada en todo linaje de especulaciones científicas, pudo trasladar al papel los secretos y misterios de esta sublime ciencia, que descubre al entendimiento humano los riquísimos tesoros escondidos en el seno de la Verdad Infinita.

El grande ingenio de aquel insigne Doctor, familiarizado con los más trascendentales problemas de la Filosofía, se eleva al orden de la inteligibilidad pura en busca de conceptos apropiados para dar una ligera idea de los actos y operaciones por los cuales llega el alma á la aprehension de las altísimas verdades de la teología mística.

Allí no hay sensaciones, ni imágenes, ni especies inteligibles, ni intermediario alguno entre la inteligencia y la verdad; sino vision directa, clara, intuitiva, que, si bien

(1) S. Juan de la Cruz, *Devotas Poemas*.

inferior á la de los bienaventurados, es, con todo, suficiente para que pueda el alma ver, siquiera por breves momentos, los horizontes de lo infinito iluminados por el Sol de la Eterna Verdad.

Pero mejor será que dejemos hablar al santo Doctor, cuya alma, templada al fuego de la inspiracion mística, servía de estrecho lazo á un gran corazon y á una inteligencia de primer órden.

Refiriendo un coloquio que tuvo con su madre acerca del reino de los cielos, dice: «Elevándonos con más fervoroso afecto hacia la vida eterna, fuimos recorriendo por sus grados todas las criaturas corporales, hasta llegar al cielo mismo desde donde el sol, la luna y las estrellas, envían su luz y sus resplandores á la tierra. Y continuábamos subiendo aún más arriba, pensando interiormente en Vos, y hablando de Vos, y admirando vuestras obras. Vinimos á tratar de nuestras almas, y nos remontamos más todavía, hasta venir á parar á aquella region de indefectible abundancia en donde Vos alimentáis eternamente con el pábulo de la verdad á vuestros escogidos; cuya vida es aquella

» misma Eterna Sabiduría por la cual son
» hechas todas las cosas presentes, y las
» pasadas, y las que están por venir; mién-
» tras que Ella no ha sido hecha, sino que
» es lo que siempre ha sido, y lo mismo
» será eternamente... Y, miétras estábamos
» hablando, y anhelábamos ardientemente
» por Ella, *llegamos á tocarla por un breve*
» *instante con todo el ímpetu y fuerza de*
» *nuestro corazón, y suspiramos ansiosa-*
» *mente, y dejamos allí las primicias de*
» *nuestra alma...*

» Decíamos, pues: Si cesasen para una
» alma las tumultuosas impresiones del cuer-
» po, y no viniesen á perturbarla las imáge-
» nes de la tierra, de las aguas y de los
» cielos; y, si áun consigo misma dejase de
» hablar esa alma, y suspendiendo toda
» reflexion sobre sí misma, saliese fuera de
» sí, acabando para ella los sueños, y las
» visiones imaginarias, y toda palabra, y
» todo signo, y todo lo que es transitorio
» y pasajero... *y hablase sólo Dios, no por*
» *medio de las criaturas, sino por Sí mismo,*
» de modo que oyésemos su palabra, no
» por boca de hombre, ni por voz de ángel,
» ni por ruido de nubes, ni por símbolos y

»enigmas, sino que lográsemos oír, sin el
 »intermedio de estas criaturas, á Aquel á
 »quien amamos en ellas;... si continúasemos
 »este modo de conocer, y, cesando todos
 »los demas conocimientos de un órden
 »muy inferior, éste solo fuese el que arre-
 »batase al alma, y se posesionase de ella,
 »y la introdujese allí donde reina el gozo
 »interior, suponiendo que la vida eterna sea
 »tal, cual ha sido este momento de clara
 »vision que tan ardientes suspiros ha arran-
 »cado á nuestra alma; ¿no sería todo esto
 »lo que se significa con las siguientes pala-
 »bras: *Entra en el gozo de tu Señor?*» (1)

Hé aquí, pues, segun S. Agustin, á
 dónde llevan al alma los vuelos místicos

(1) *Erigentes nos ardentiore affectu in idipsum, perambu-
 vimus gradatim cuncta corporalia, et ipsum celum unde
 sol, et luna, et stellæ, lucent super terram. Et adhuc ascende-
 bamus interius, cogitando et loquendo te, et mirando opera tua;
 et venimus ad mentes nostras, et transcendimus eas, ut attinge-
 remus regionem ubertatis indeficientis, ubi pascis Israel in
 aeternum veritatis pabulo; et ubi vita sapientia est, per quam
 fiunt omnia ista, et quæ fuerunt, et quæ futura sunt; et ipsa
 non fit, sed sic est, ut fuit, et sic erit semper... Et, dum loqui-
 mur et inhiamus illi, attingimus eam modice toto ictu cordis;
 et suspiravimus, et relinquimus ibi religatas primitias spi-
 ritus...*

Dicebamus, ergo: Si cui sileat tumultus carnis, sileant

con que Dios la favorece: á las regiones en que la Suprema Verdad se comunica á ella directamente, iluminándola con un rayo de aquella luz que hinche de inefable gozo y eterna beatitud á los bienaventurados.

Oigamos, por último, á otro escritor místico, de cuya pluma brotaron frecuentemente copiosos raudales de tierna inspiración:

«Allí, dice S. Bernardo, en medio del
» más profundo silencio, y suavemente reclina-
» nada en los brazos de su Esposo, duerme
» el alma, pero su corazón está despierto,
» y sondea mientras tanto los profundos
» misterios de la Verdad Increada, con cuyo

phantasia terræ et aquarum et aeris; et ipsa sibi anima sileat, et transeat se, non se cogitando; sileant somnia et imaginaria revelationes, omnis lingua et omne signum; et quicquid transeundo fit, si cui sileat omnino... et loquatur ipse solus, non per ea, sed per se ipsum; ut audiamus verbum ejus, non per linguam carnis, neque per vocem angeli, nec per sonitum nubis, nec per enigma similitudinis; sed ipsum quem in his amamus, ipsum sine his audiamus; si continuetur hoc, et subtrahantur aliæ visiones longe imparis generis, et hæc una rapiat et absorbeat et recondat in interiora gaudia spectatorem suum, ut talis sit sempiterna vita, quale fuit hoc momentum intelligentiæ, cui suspiravimus; nonne hoc est: «Intra in gaudium Domini tui?» Confess. lib. IX, cap. 10.

»sabroso recuerdo, despues que haya vuel-
 »to en sí, ha de nutrirse y deleitarse. Allí
 »ve cosas invisibles, y oye palabras inena-
 »rrables, que la lengua del hombre no pue-
 »de pronunciar.» (1)

Ahora tal vez se pregunte: «Esa que llamáis ciencia, y que, segun vosotros, revela al místico atributos y perfecciones del Sér Infinito, y grandezas y magnificencias que el lenguaje humano no acierta á traducir, ¿de qué sirve? ¿qué objeto puede tener?»

Esa ciencia sobrenatural, esa luz misteriosa que ilumina al alma en los momentos solemnes de místico recogimiento, aún considerada bajo un aspecto puramente natural, es vena fecunda de inspiracion, y rico manantial de bellezas literarias. Cuando el misticismo no fuese más que esto, sería digno de todo el respeto y de toda la veneracion que se merece un ideal sublime destinado á levantarnos sobre la torpe ma-

(1) *Silentio facto in celo, inter desideratos amplexus suaviter quiescens, ipsa quidem dormit, sed cor ejus vigilat; quo utique interim veritatis arcana rimatur, quorum postmodum memoria, statim ad se reditura, pascatur. Ibi videt invisibilia, audit inefabilia, que non licent homini loqui.* De Gradibus humilitat., cap. 7.

teria para hacernos saborear los puros y nobilísimos goces del espíritu.

Pero el misticismo es más que todo eso: es la ciencia de la virtud, la ciencia de la santidad; no de la santidad vulgar, si se permite la frase, sino de la que aspira á los más altos grados de la perfeccion cristiana; es la ciencia del amor divino que purifica los corazones, y dignifica y engrandece las almas.

No parece sino que la Doctora avilesa había previsto la objecion cuando escribía:

- »Pues diréisme, si despues no ha de haber
- »acuerdo de esas mercedes tan subidas que
- »ahí hace el Señor al alma, ¿qué provecho
- »le traen? ¡Oh, hijas! Es tan grande, que no
- »se puede encarecer; porque, aunque no
- »las saben decir, en lo muy interior del
- »alma quedan escritas, y jamas se olvidan.
- »Pues, si no tienen imágen, ni las entien-
- »den las potencias, ¿cómo se puede acor-
- »dar? Tampoco entiendo eso; mas entiendo
- »que quedan unas verdades en esta alma
- »tan fijas de la grandeza de Dios, que,
- »cuando no tuviera fe que le dice quién es,
- »y que está obligada á creerle por Dios,
- »le adorara en aquel momento por tal...

» ¡Oh! Cuando el alma torna ya del
» todo en sí, ¡qué es la confusion que le da,
» y los deseos tan grandísimos de emplear-
» se en Dios de todas cuantas maneras se
» quisiere servir della! Si de las oraciones
» pasadas quedan tales efectos, como que-
» dan dichos, ¿qué será de una merced tan
» grande como ésta? Querría tener mil vi-
» das, para emplearlas todas en Dios, y que
» todas cuantas cosas hay en la tierra, fuesen
» lenguas para alabarle por ella. Los deseos
» de hacer penitencia, grandísimos; y no ha-
» ce mucho en hacerla, porque con la fuerza
» del amor siente poco cuanto hace.» (1)

S. Agustin explica con su habitual profundidad los efectos que causan en el alma los arrobamientos y visiones, sin embargo de ser imposible describir lo que en ellos se ha visto y sentido. El alma, segun el santo Doctor, conoce allí la incomprendibilidad de Dios, porque ve claramente que no puede abarcar la inmensidad de aquella Esencia Infinita que se extiende y se dilata como un cielo sin horizontes, como un mar sin riberas.

(1) *Morad. sext.*, cap. 4.º

Y, cuando esto ve y conoce el alma, no está contemplando una inmensidad ilusoria, fantaseada por la imaginacion que borra los límites de las cosas, ni una verdad remota, adquirida por la razon que eslabona discursos y razonamientos; no, sino que la realidad, la verdad misma, se ofrece entónces directamente á los ojos del espíritu; la esencia misma de Dios está, aunque de diferente modo que en la patria feliz de los escogidos, patente al alma, haciéndola comprender y sentir que la criatura, miéntras vive en carne mortal, no puede fijar la vista en aquel inmenso foco de luz.

«Tal vez, *dice el santo Doctor*, alguno »de vosotros, en cuya mente han brillado »resplandores de la Suprema Verdad, pue- »de répetir aquellas palabras: *Yo dije »en mi arrobamiento. ¿Qué dijiste en tu »arrobamiento? Arrojado me hallo de tu »vista.* Paréceme que quien esto dijo, ele- »vó su mente á Dios, y, saliendo fuera de »sí mismo, cuando se le preguntaba todos »los días *¿En dónde está tu Dios?*, llegó »su espíritu á ponerse como en contacto »con aquella luz inmutable cuyos fulgo-

»res no puede soportar nuestra debilidad...;
 »y, comparándose con ella, sintió que su
 »entendimiento no se hallaba todavía en
 »disposicion de contemplar de hito en hito
 »la luz de la Sabiduría divina.» (1)

Esa momentánea vision de la Divinidad, especie de preludio de la vision beatífica, pues «parece que le ha querido el Señor mostrar (al alma) algo de la tierra á donde ha de ir,» es una cosa que «pasa muy de presto; y, aunque no os parecerá de mucho provecho, son tan grandes los que deja en el alma, que, si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor.»

Aquí aprende el alma: «conocimiento de la grandeza de Dios, porque, mientras más cosas viéremos della, más se nos da

(1) *Forté quisquam vestrum, cui fulgor veritatis aliqua mentem quasi coruscatione perstrinxit, potest dicere verba illa: «Ego dixi in extasi mea.» In extasi quid dixisti? «Projectus sum a facie oculorum tuorum.» Etenim videtur mihi iste qui hoc dixit, levasse ad Deum animam suam, et effudisse super se animam suam, quum ei diceretur quotidie: «Ubi est Deus tuus?» pervenisse spiritali quodam contactu ad illam incommutabilem lucem, eamque infirmitate conspectus ferre non valuisse... et comparasse se illi, et sensisse adhuc contemperari non posse aciem mentis suæ luci sapientiæ Dei. D. August., De Verbis Domini, serm. LXIII.*

»á entender; y propio conocimiento, y hu-
»mildad de ver cómo cosa tan baja, en
»comparacion del Señor de tantas grande-
»zas, le ha osado ofender, ni osa mirarle...
»Estas son las joyas que comienza el Es-
»poso á dar á su esposa; y son de tanto
»valor, que no las pondrá á mal recaudo;
»que así quedan esculpidas en la memoria
»estas vistas, que creo que es imposible
»olvidarlas, hasta que las goce para siem-
»pre.» (1)

(1) *Morad. sext.*, cap. 5.º

II.

PSICOLOGÍA MÍSTICA.

(VÉASE LA PÁGINA 40.)

Por los pasajes citados en el artículo segundo, échase de ver que Sta. Teresa da á su misticismo una base casi exclusivamente psicológica. El conocimiento propio es, segun la insigne Maestra, el punto de donde ha de partir el alma para llegar á la interior comunicacion con Dios.

«No sé, *dice*, si queda bien dado á entender, porque es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ella hubiese jamas relajacion, por más subidas que estéis en los cielos; pues, miéntras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y ansí, repito, que es bueno, y muy rebueno, tratar de entrar primero á donde se trata de esto.» (1)

Los místicos suelen señalar al conoci-

(1) *Morad. primer.*, cap. 1.º

miento de Dios tres grados, que se diferencian por los diversos objetos en que se apoya el alma para subir á las alturas de la contemplacion, á saber: el conocimiento fuera de sí (*extra se*); el conocimiento dentro de sí (*intra se*); y el conocimiento sobre sí (*supra se*). Procedimientos admirablemente explicados por S. Buenaventura en su precioso opúsculo *Itinerarium mentis ad Deum*.

No le eran desconocidos á la Doctora de Ávila estos procedimientos místicos, pues en las *Moradas cuartas* (1) alude claramente á ellos cuando dice: «Estos sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo... Dicen que el alma se entra dentro de sí; y otras veces que sube sobre sí.»

Sin embargo, evidentemente da la preferencia á los dos últimos modos de buscar á Dios, es decir, á los que proceden por el conocimiento *dentro de sí* y *sobre sí*. Por eso he dicho más arriba que el misticismo de Sta. Teresa descansa sobre una base psicológica.

(1) Cap. 3.

Fácil es comprender que el detenido y minucioso estudio del alma, al cual consagra el místico sus afanes y desvelos, todo con el fin de reducir el amor propio á la impotencia, y desarraigar del corazón los afectos humanos, ha de dar origen á una psicología especial, y á un subjetivismo muy diferente del de las escuelas racionalistas; á pesar de las estrechas afinidades que algunos han querido ver entre uno y otro.

El místico no entra *dentro de sí* con el objeto de filosofar exclusivamente sobre sí mismo; no tiene la funesta manía de aislarse del espectáculo de la naturaleza, y vivir divorciado de la vida moral y religiosa; manía muy propiamente calificada de *egoísmo filosófico* por un escritor contemporáneo.

«El fin que ha de proponerse toda filosofía, *dice este mismo autor*, es conocer á Dios en el orden y armonía de la naturaleza, ya buscándole dentro del hombre, ya fuera de él.» (1)

»La verdadera sabiduría, *dice Bossuet*, consiste en conocer á Dios, y cono-

(1) Gratry, *Logique*, tom. 1., chap. v.

»cerse á sí mismo. El conocimiento de nos-
»otros mismos ha de elevarnos al conoci-
»miento de Dios.» (1)

Sta. Teresa expresó el mismo concep-
to con este gracioso símil: «La humildad
»siempre labra, como la abeja en la col-
»mena, la miel; que sin esto todo va per-
»dido. Mas consideremos que la abeja no
»deja de salir á volar para traer flores;
»así el alma en el propio conocimiento
»créame y vuela algunas veces á conside-
»rar la grandeza y majestad de Dios; aquí
»hallará su bajeza mejor que en sí mes-
»ma.» (2)

El psicologismo racionalista encierra al
hombre dentro de sí mismo; y apenas si le
permite tender la mirada más allá de los
estrechos y nebulosos horizontes de su
conciencia. El análisis del pensamiento por
el pensamiento mismo, es decir, el *yo* ex-
plicado por el *yo*, constituye la esencia de
esa filosofía egoísta empeñada en hallar el
origen de todas las verdades y la razón de
todas las cosas en las leyes y los fenóme-

(1) Bossuet, *De la connaissance de Dieu*, prefac.

(2) *Morad. primer.*, cap. 2.º

nos del mundo interior; sobre poco más ó ménos, como la escuela materialista, que pretende explicar la materia por la materia, abrigando la ilusoria esperanza de ver surgir esta explicacion del fondo de la experiencia sensible.

El subjetivismo racionalista no ve ni quiere ver nada más que el *yo*, á quien atribuye un poder ilimitado y una actividad fecundísima.

Ese *yo* omnipotente, ora se conoce, y conociéndose *se pone*, es decir, se da á sí mismo el sér, y crea á la vez todas las demas cosas que se le presentan como opuestas á sí mismo, ó sea el *no-yo*, para valerme de la frase sacramental de la escuela. (1)

Ora ejerce un acto de *intuicion intelectual* tan potente y fecundo, que da origen á la unidad é identidad de todos los sérés; que no son otra cosa sino aspectos varios de lo Absoluto, conocido y produ-

(1) *Le moi pose le non-moi comme limité au déterminé par le moi.—Le moi se pose lui-meme comme limité ou déterminé par le non-moi.* Fichte, citado por J. Willm, *Histoire de la Philosophie Allemande*, tom. II, premier sect., chap. III.

cido por el *yo* mediante aquella intuición creadora. (1)

Ora, en fin, llega ese *yo* omnisciente á adquirir un conocimiento experimental de su propia divinidad; porque ve y siente que Dios *en tanto existe, en cuanto tiene conciencia de sí mismo en el hombre* (2), esto es, en cuanto llega á decir *yo* en la conciencia humana; ve y siente que es eterno, pues se conoce tal en medio de los continuos é incesantes cambios que en él se verifican temporalmente. (3)

(1) *La conscience immédiate de cette identité est le percevoir, le contempler; mais si elle est intérieur, elle devient la contemplation, l'intuition intellectuel, intuition qui est un savoir qui est la production de son objet.. L'intuiti n intellectuel est donc l'organe de tout pensée transcendental; c'est en général l'acte de la conscience pure; le moi n'est autre chose qu'un acte productive qui devient objet á lui-même. Schelling, citado por J. Tissot, Histoire de la Philosophie, pag. 338.*

(2) *Dieu n'est Dieu qu'en tant qu'il se connaît; la connaissance qu'il a de lui-même, c'est la connaissance qu'il a de lui dans l'homme. Hegel, citado por Gratry, Logique, tom. I., livr. II, chap. I.*

Aunque Schelling y Hegel no pertenezcan rigurosamente á la escuela psicologista, sin embargo, nunca olvidaron del todo la enseñanza de su maestra; y, bajo el aspecto de la divinización del *yo*, bien pueden ser citados como ejemplos de las aberraciones del psicologismo racionalista.

(3) «El *yo* consta de espíritu y cuerpo, como hombre; «él se encuentra como permaneciendo, y también como mudán-

Hé aquí, ligeramente bosquejadas, las consecuencias á que viene á parar el subjetivismo racionalista, atribuyendo al espíritu humano una serie de evoluciones que no existen sino en la delirante imaginacion que se ha entretenido en forjarlas.

Un filósofo contemporáneo, aplicando á esa malhadada ciencia un símil de Bacon, ha dicho de ella que, situada entre el cielo y la tierra, es decir, aislada de Dios y de los hombres, *lo saca todo de su propia sustancia*, ó sea del fondo de su propio yo. Semejante á la araña, que vive suspendida entre el cielo y la tierra, en el centro de la tela que fabricó de su propia sustancia, y que constituye su frágil, inconsistente y capcioso poder; insecto dañino y egoísta, rival odioso é impotente de la admirable y generosa abeja, que extrae del jugo de las flores la miel con que nos alimenta y regala.

Hasta la filosofía escocesa, la grave y sesuda filosofía *del buen sentido*, encerrándose fatalmente en el círculo del método

»dese, esto es, como *no temporal, perpetuo, subsistente, etc...*

»En tanto que *se conoce como fundamento eterno* de sus temporales estados, se encuentra como poder,» etc. Krause, traducido por Ortí y Lara, *Lecciones etc.*, pag. 58.

psicológico experimental, si no ha divinizado al *yo*, si no le ha levantado á vertiginosas alturas, como la ciencia trascendental; le ha cortado las alas, y cerrado los horizontes de la única y verdadera grandeza.

Esta filosofía, atenta exclusivamente á la experimentacion psicológica, no se ha fijado en la sabia máxima de nuestra Doctora: *La abeja no deja de salir á volar para traer flores; así el alma en el propio conocimiento.*

De aquí ha resultado lo que era natural y lógico que resultase, á saber: que ha sido relegado á la categoría de los problemas irresolubles todo lo que cae fuera de los estrechos límites de la experiencia y de la *rigurosa induccion*; y todas las cuestiones relativas á la naturaleza del alma y á su destino, con todas las consecuencias que de ellas han de seguirse forzosamente, han sido eliminadas, por oscuras é insolubles, de los dominios de la filosofía.

«¿En qué consiste, *pregunta Reid*, ese sujeto, esa cosa que llamamos alma ó espíritu? Se dirá que es un sér activo, inteligente y libre. La actividad, la voluntad y el pensamiento son realmente atri-

»bustos suyos; pero ¿cuál es la naturaleza
 »del sér á quien estos atributos pertenecen?
 »En vano me hago esta pregunta; es im-
 »posible dar una contestacion satisfacto-
 »ria.» (1)

«Cuando intentamos explicar la natura-
 »leza del principio que en nosotros siente,
 »entiende y quiere,... nos olvidamos de que
 »tanto la materia como el espíritu no nos
 »son conocidos más que por sus cualidades
 »y atributos, y de que vivimos en la más
 »completa ignorancia de lo que constituye
 »la esencia del uno y de la otra.» (2)

«Si se pregunta cuál es la naturaleza
 »interna de esa cosa que piensa,... es pre-
 »ciso contestar que lo ignoramos, y que lo
 »ignoraremos siempre.» (3)

Hamilton, uno de los más sabios y hábiles continuadores de esta escuela, dice que la esperanza de dar una solución filosófica á tan graves problemas, *es la última*

(1) *Essais sur les facultés intellectuelles de l'homme*, essai v., chap. 11—(Euvres, tom. IV.

(2) Dugald-Stewart, *Éléments de la philosophie de l'esprit humain*. Trad. par L. Peisse, tom. I., pag. 4.

(3) Royer-Collard, *Fragments*, citados por Reid, *ibid.*, tom. IV., pag. 316.

debilidad que experimentan las almas nobles. (1)

Por las breves consideraciones que anteceden, se echará de ver que el psicologismo racionalista adolece de uno de estos dos vicios capitales: el egoísmo temerario, ó la circunspeccion exagerada. Entra dentro de sí, se recoge en sí mismo, para no ver más que su propio *yo*.

El místico, al contrario, busca dentro de sí á Dios; y, si fija la mirada en sí mismo, no es ciertamente para entronizar al *yo* sobre el pedestal del orgullo científico, ni encerrarle en los límites de una *prudente reserva* ó de una *sabia ignorancia*, sino para enseñarle la humildad, y hacer que esté *más aparejado para todo bien*, como dice nuestra mística Doctora.

El psicologismo místico estudia las facultades y operaciones del alma para aprender á discernir los fenómenos producidos en ella por la accion sobrenatural de Dios,

(1) *Ne pas désespérer de la philosophie est la dernier faiblesse des nobles ames... Plus notre soif de la science est ardente, et moins nous sommes disposés à réfléchir sur l'incertitude de sa possession.* Fragments de philosophie, traduits par M. Louis Peisse, pag. 54.

de aquellos que son causados por nuestra actividad natural. Deshace los más delicados pliegues del corazón, para perseguir el amor propio en todas sus evoluciones y bajo todas sus formas; y penetra en lo más hondo y secreto de la conciencia, para castigar y corregir aún las más leves faltas, las más ligeras imperfecciones, que puedan haberse deslizado en el alma á la sombra de su ingénita fragilidad.

De modo que, aparte del conocimiento de los fenómenos sobrenaturales, el fin que se propone el místico en sus investigaciones psicológicas, es la *humildad*; porque sabe cuán admirablemente dispone al alma para la comunicacion con Dios.

«Una vez estaba yo considerando por
»qué razon era nuestro Señor tan amigo
»de esta virtud de la humildad; y púsoseme
»delante, á mi parecer, sin considerarlo,
»sino de presto, esto, que es porque Dios
»es suma verdad, y la humildad es andar
»en verdad, que lo es muy grande no
»tener cosa buena de nosotros, sino la
»miseria, y ser nada. Y quien esto no
»entiende, anda en mentira, y *quien más*
»*lo entiende, agrada más á la Suma Ver-*

»dad, porque anda en ella. Plega á Dios,
»hermanas, nos haga merced de no salir
»jamás de este propio conocimiento.» (1)

El psicologismo místico es un procedimiento perfectamente filosófico, no sólo porque está fundado en la humildad, y, por lo tanto, en un principio verdadero, sino especialmente porque enseña al alma que el origen de la verdad no está en el *yo* humano, en esa turbia y cenagosa fuente de donde quiere hacerla brotar el psicologismo racionalista.

(1) *Morad. sext.*, cap. 10.

Como digno comentario de este notable pasaje, reproduzco á continuación las reflexiones que hace sobre la *humildad* un ilustre escritor:

«La humildad es el sentimiento, la vista, el conocimiento, de nuestra nada, que es la verdad concerniente á nosotros mismos.

«Ahora: ¿se ha meditado bien todo el alcance de este carácter de la humildad? No vacilo en decir que es el método filosófico por excelencia, y que, si la mayor parte de los filósofos divagan en filosofía, nace esto de que no practican este verdadero método de la verdad: la humildad.

«Hé aquí, pues, cómo, siendo la humildad la verdad, los espíritus humildes tienen sobre los soberbios y libre-pensadores la ventaja de tener la verdad asida por un cabo, mientras que éstos no saben por qué cabo tomarla, pasando toda su vida en inquirirla, ó, por mejor decir, en perderla.» *Augusto Nicolás*, *La Virgen María y el Plan divino*, tom. 1.º, libr. III., cap. III.

La humildad es un principio profundamente filosófico que hace imposible la divinización de la razón humana y los delirios del subjetivismo trascendental; sin incurrir en la funesta circunspección del apocado subjetivismo que no osa abandonar los dominios de la conciencia, *ni salir á volar para traer flores.*

El místico, al contemplar la miseria, la nada de su propio sér, alza los ojos al cielo, á la luz incommutable y eterna, de la cual percibe en su alma algunos destellos, nuncios y precursores de la Verdad que ha de iluminarla despues plenamente. Conoce que la verdad no dimana del alma; pero ve impresos en el fondo de su sér vestigios de la Eterna Sabiduría, que le señalan el camino por donde ha de remontarse al origen mismo de la verdad en cuya contemplación anhela gozarse.

Éste es el procedimiento para buscar á Dios dentro de nosotros mismos, calificado por Sta. Teresa de *bueno y excelente, porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mismos.*

S. Bernardo dice que el mejor método para hallar á Dios, es la consideración de

nosotros mismos. Porque, si la Sabiduría Infinita se refleja en todas las criaturas, ¿cuánto más no ha de resplandecer en nuestra alma, hecha á imagen y semejanza de Dios? Mas, para poder contemplar á la Eterna Verdad dentro de nosotros, es indispensable arrancar y extirpar del corazón hasta las últimas raíces de las aficiones terrenas. (1)

Precisamente á extirparlas tiende el místico cuando convierte toda su atención al interior de su alma, en donde halla cada día nuevos y poderosos estímulos para adelantar en el conocimiento de sí mismo y en su propia perfección; «que es muy cierto que, en vaciando (del alma) nosotros todo lo que es criatura, y deshaciéndonos della por amor de Dios, el mismo Señor la ha de hinchar de Sí. (2)

Cuando se ha llegado á este grado de humildad y desasimiento, lo que para nosotros es tenue luz crepuscular que no nos permite sino entrever la presencia de Dios

(1) *Tergat, ergo, speculum suum, mundet spiritum suum, qui sitit videre Deum.* D. Bernardus, *De domo interiori*, cap. VI.

(2) *Morad. sítim.*, cap. 2.º

en nuestras almas, trasfórmase en pleno día para el místico, que, cuanto más va penetrando, con el auxilio de esta luz, en el conocimiento de las divinas perfecciones, tanto más y mejor profundiza en el de sí propio; «porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien, tratando á vueltas de sí con Dios... Y jamas nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer á Dios; mirando su grandeza, acudamos á nuestra bajeza... que claro está que parece una cosa blanca muy más blanca cabe la negra, y, al contrario, la negra cabe la blanca.» (1)

Así es como se levanta el místico á la más alta contemplacion de la Divina Esencia, guiado por la luz que, cual destello de la Eterna Verdad, brilla perennemente en nuestras almas; miéntras la filosofía racionalista, fatalmente aprisionada en su estrecho egoísmo, forja delirios insanos, ó se afaña por disipar las congojosas sombras de que vive rodeada, cumpliéndose en ella literalmente la sentencia de la Escritura:

(1) *Morad. prim.*, cap. 2.º

Illuminans tu mirabiliter a montibus æternis, turbati sunt omnes insipientes corde. (1)

(1) Psal. LXXV, 5, 6.—*Hujus autem lucis irradiatio et consideratio sapientes suspendit in admirationem, et e contra insipientes, qui non credunt ut intelligant, ducit in perturbationem, ut impleatur illud propheticum: «Illuminans tu...» etc.*
D. Bonaventura, *Itinerarium mentis ad Deum*, cap. III.

III.

COSMOLOGÍA MÍSTICA.

Habiendo una teología y una psicología místicas, según acabamos de ver, ¿no podrá afirmarse que hay igualmente una *cosmología* mística?

El alma enamorada de Dios sabe leer en las elocuentísimas páginas de la naturaleza lo que nuestra ciencia, hartó á menudo pueril y vana, apénas si acierta á deletrear. (1)

(1) Sta. Teresa, con haber dado á su misticismo una direccion esencialmente psicológica, no olvidó el método de buscar á Dios por la consideracion de las criaturas, como es de ver en los siguientes pasajes:

«Aprovechábame á mí tambien ver campos, agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban, y recogían, y servían de libro.» *Vida*, cap. IX.

«Esta monja (la misma Santa) há cuarenta años que tomó el hábito, y desde el primero comenzó á pensar en la Pasion de Cristo nuestro Señor,... sin nunca pensar en cosa que fuese sobrenatural, sino en las criaturas, ó cosas de que sacaba cuán presto se acaba todo; en mirar por las criaturas la grandeza de Dios y el amor que nos tiene.» *Carta XIX*.

Sin embargo, nada se halla en sus Obras que esté relacionado directamente con la materia de este artículo.

Levantándose á impulsos del amor al origen de las criaturas, y contemplándolas pendientes todas de la omnipotente y sabia mano que las crió, descubre magníficas bellezas, y penetra recónditos arcanos.

Todo llega á abarcarlo con su mirada. La Causa primera, esparciendo vivísimos destellos de sus perfecciones y atributos por el vasto imperio de la existencia y de la vida; las causas segundas, eslabonándose en rica y fecunda progresion de finalidad y de sér; la variedad, brotando en copiosos raudales del seno de la Unidad Absoluta, y enlazándose con Ella como los anillos de una cadena misteriosa; los secretos de la creacion, iluminados por la indeficiente luz de la Suprema Sabiduría; el bien y el mal, conciliadas sus perpetuas antinomias, y explicadas sus providenciales relaciones por las leyes de la Justicia Eterna y del Amor Infinito; el universo, en fin, en su grandioso conjunto y en sus más insignificantes pormenores; todo ello es para el místico objeto de alta especulacion, y manantial de ternísimos sentimientos.

¿Cómo no ha de haber, pues, una cosmología mística, una ciencia que, ahondan-

do con el corazón en la naturaleza de los seres finitos y contingentes, descubra en ellos relaciones y armonías que se escapan al seco razonamiento?

Muchas de las almas superiores que, apoyándose en el conocimiento de las criaturas, escalaron las cimas del misticismo, nos han dejado escritas sobre esta materia páginas admirables; quien acierte á leerlas, quien sepa respirar el suavísimo aroma de que están impregnadas, podrá rastrear las magnificencias de esa cosmología sublime, hija de la piedad más acendrada y del amor más puro.

Es esta ciencia una especie de filosofía primera y fundamental que investiga, para admirarlas y sentirlas, las armónicas relaciones que unen las criaturas con su Autor.

Va más léjos que la cosmología racional; pues, en tanto que ésta se limita, como es sabido, á discurrir friamente sobre el origen del mundo y la naturaleza de los seres que lo componen, aquella busca estímulos é incentivos de amor en esas mismas criaturas, que, no sólo demuestran á la razón la existencia del Hacedor Supremo, sino que revelan además al corazón los

ricos tesoros de bondad, de poder y sabiduría que en sí propias contienen y encierran.

Para el místico, el mundo no es un tema difícil y abstruso abandonado á la eterna discusion de los mortales; es un testimonio fehaciente y elocuentísimo de Dios, y una magnífica y espléndida manifestacion de sus infinitos atributos, que nos invita á alabar y glorificar á aquella Soberana Esencia en quien residen, como en su fuente primordial, la plenitud del sér y de la vida, el origen de todo bien y el principio y fin de todo lo que existe. Es más todavía: es imágen de otro mundo invisible; imágen de una patria de paz y bienaventuranza perdurables, en donde todas las esperanzas legítimas; todos los deseos nobles, todas las aspiraciones elevadas, han de verse un día llenos y colmados con la posesion y el goce del Sumo Bien.

La cosmología mística todo lo subordina á ese altísimo fin; y allá en las profundidades de una especulacion sublime columbra los misteriosos lazos que unen con él todas las criaturas del universo; columbra la verdadera *unidad trascendental*

que abarca y comprende, sin identificarlos ni confundirlos, todos los tiempos, todos los espacios, todos los séres, desde el átomo hasta al hombre, hasta á Dios.

Muchas páginas pudieran llenarse con pasajes entresacados de las obras de los escritores místicos en que se hallan diluídas las ideas que acabo de apuntar ligeramente. Con todo, en obsequio de la brevedad, me concretaré á algunos ejemplos. (1)

S. Juan de la Cruz, explicando cómo ha de «caminar el alma por la consideración y conocimiento de las criaturas al conocimiento de su Amado, criador de ellas,» dice que por este medio llega «á entender secretos é inteligencias de Dios, extrañas... y siente en Dios un terrible poder y fuerza, que todo otro poder y fuerza priva, y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, y halla verdadero sosiego y luz divina, y gusta altamente de la sabiduría de Dios que en la armonía de las criaturas reluce y siente...

(1) No creo que fuera difícil reunir modelos acabados de este procedimiento místico, escogidos en los *Salmos* y en los *Cantares*.

»Y en aquel silencio y sosiego .. y en
»aquella noticia de la luz divina, echa de
»ver el alma una admirable conveniencia y
»disposicion de la sabiduría de Dios en las
»diferencias de todas sus criaturas y obras;
»porque todas ellas y cada una tienen una
»correspondencia con Dios con que cada
»una en su manera de voz demuestra lo
»que en ella es Dios; 'de suerte que le pa-
»rece una armonía de música subidísima
»que sobrepuja todas las melodías del
»mundo.»

Pero veamos cómo busca el místico á Dios en las criaturas; oigamos cómo discurre esa maravillosa ciencia *que sabe por amor*, y cuyas verdades *no sólo se saben, mas juntamente se gustan*:

«Buscando mis amores,
»Iré por esos montes y riberas,
»Ni cogeré las flores,
»Ni temeré las fieras,
»Y pasaré los montes y fronteras.

»¡Oh, bosques y espesuras,
»Plantadas por la mano del Amador!
»¡Oh, prado de verduras,

- » De flores esmaltado!
 » Decid si por vosotros ha pasado.
 » Mil gracias derramando
 » Pasó por esos sotos con presura,
 » Y, yéndolos mirando,
 » Con sola su figura
 » Vestidos los dejó de su hermosura.
 » ¡Ay, quién podrá sanarme!
 » Acaba de entregarte ya de vero,
 » No quieras enviarme
 » De hoy más ya mensajero,
 » Que no saben decirme lo que quiero.
 » Y todos cuantos vagan,
 » De ti me van mil gracias refiriendo,
 » Y todos más me llagan,
 » Y déjame muriendo
 » Un no sé qué que quedan balbuciendo.

.

- » ¡Oh, cristalina fuente,
 » Si en esos tus semblantes plateados,
 » Formases de repente

- » Los ojos deseados
- » Que tengo en mis entrañas dibujados!

.
.

- » Mi Amado, las montañas,
- » Los valles solitarios nemorosos,
- » Las ínsulas extrañas,
- » Los ríos sonoros,
- » El silbo de los aires amorosos. (1)

Si alguien en éste y otros pasajes del mismo género echa de menos conceptos rigurosamente científicos; si exige menos corazón y más inteligencia; le diré que lea á S. Agustín y á S. Buenaventura, y verá cuán perfectamente puede armonizarse la cosmología racional con la cosmología mística. En las obras de estos Doctores podrá contemplar unidas en fraternal y estrecho lazo la ciencia divina y la humana; y, después que haya satisfecho todas las aspiraciones legítimas de la inteligencia, si no está completamente destituido de sensibi-

S. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*.

lidad, sentiráse avasallado por el amor que inspiraba y dirigía la pluma de aquellos egregios escritores.

S. Agustin, en sus *Confesiones*, despues de haber analizado las ideas de eternidad y de tiempo, la naturaleza de la materia primitiva, la creacion, etc., discurriendo con muy alto sentido filosófico sobre estos difíciles problemas de la cosmología; se dirige á Dios, y exclama: «¡Oh, Dios mío! »Veamos ya los cielos, obra de vuestra »omnipotente diestra. Disipad, Señor, la »niebla que oscurece nuestros ojos. Allí »resplandece el más brillante testimonio de »vuestro poder, de ese poder que infunde »celestial sabiduría en la mente y en el »corazon de los humildes y pequeñuelos. »Haced que brote un himno de perfecta »alabanza de los labios de los niños y de »los que están pendientes aún de los pe- »chos de sus madres. Porque yo no conoz- »co libros que confundan mejor que éste »la altivez y soberbia de la razon, y hagan »enmudecer á vuestros enemigos, á aque- »llos que, bien avenidos con sus pecados, »se resisten á reconciliarse con Vos. No »conozco, Señor, no conozco palabras tan

»elocuentes y persuasivas que, como éstas,
»me inciten á proclamar vuestro santo nom-
»bre, y humillar mi frente á la majestad y
»grandeza de vuestro poder, y reverencia-
»ros y adoraros por puro amor. Haced
»¡oh Padre bondadoso! que sepa yo com-
»prender el sublime lenguaje de lós cie-
»los.» (1)

S. Buenaventura, en el opúsculo *Itinerarium mentis ad Deum*, despues de una serie de consideraciones harto filosóficas sobre la naturaleza y las propiedades de los séres que componen el universo, escribe: «Ciego es quien no ve los divinos res-
»plandores que brillan en las criaturas;
»sordo, quien no oye el armonioso con-
»cierto de la naturaleza; mudo, quien no
»se mueve en vista de tan asombrosas

(1) *Videamus, Domine, caelos opera digitorum tuorum; disserena oculis nostris nubilum, quo subexisti eos. Ibi est testimonium tuum, sapientiam praestans parvulis. Perfice, Deus meus, laudem tuam ex ore infantium et lactentium. Neque, enim, a'ios libros ita destruentes superbiam, ita destruentes inimicum et defensorem, resistentem reconciliationi tuae defendendo peccata sua. Non novi, Domine, non novi tam casta eloquia quae sic mihi persuaderent confessionem, et lenirent cervicem meam jugo tuo, et invitarent colere te gratis. Intel- ligam ea, Pater bone.* Confess., lib. XIII, cap. 15.

» maravillas á alabar á Dios; necio, quien
 » con tan claros indicios y poderosos argu-
 » mentos no se convence de la existencia
 » de un primer Principio.

« Abre, pues, los ojos, aplica los oídos,
 » desata los labios, y eleva el corazón, para
 » ver á Dios en todas las criaturas, y oírle,
 » y alabarle, y amarle, y glorificarle. Los
 » que esto hacen, se regocijarán eterna-
 » mente, porque saben ahora exclamar con
 » el Profeta: *« Me has recreado ¡oh, Señor!
 » con tus prodigios; y, al contemplar las
 » obras de tus manos, salto de placer.—¡Oh,
 » Señor! ¡cuán grandiosas son todas tus
 » obras! Todo lo has hecho sabiamente: llena
 » está la tierra de tus riquezas.»* (1)

(1) *Qui, igitur, tantis rerum creatarum splendoribus non illustratur, cæcus est; qui tantis clamoribus non evigilat, surdus est; qui ex omnibus his effectibus Deum non laudat, mutus est; qui ex tantis indiciis primum principium non advertit, stultus est.*

Aperi, ergo, oculos, aures spirituales admove, labia tua solve, et cor tuum appone, ut in omnibus creaturis Deum tuum videas, audias, laudis, diligas et colas... Nam sensatis erit materia gloriæ, qui secundum Prophetam possunt dicere: « Delectasti me, Domine, in factura tua, et in operibus manuum tuarum exultabo. » « Quam magnificata sunt opera tua, Domine! Omnia in sapientia fecisti; impleta est terra possessione tua. » (Psal. XCI, 6, 7.—CIII, 24.) Itinerarium, etc., cap. I.

Compárese ahora esa nobilísima y altísima ciencia, cuyos principios no he hecho más que tocar ligeramente, con la glacial y desoladora cosmología del materialismo, ó con la nebulosa y asfixiante del misticismo panteísta; y júzguese á favor de cuál de ellas se inclinan espontáneamente la razon y el corazon, la humanidad y el buen sentido.

IV.

ONTOLOGÍA MÍSTICA.

Los procedimientos por los que busca el místico *dentro de sí y fuera de sí* á Dios, dan origen respectivamente á una psicología y á una cosmología especiales, como queda probado en los artículos que anteceden.

Pues bien: cuando el alma, *subiendo sobre sí*, va en busca de Dios, de este procedimiento resulta una nueva fase del misticismo, que bien pudiera ser calificada de *ontología mística*. Sin embargo, el misticismo, aún bajo este aspecto, no reviste carácter ontológico en todos los escritores, sino únicamente en aquellos que, reuniendo vocacion y aptitud para las altas investigaciones de la Metafísica, lograron armonizar la ciencia racional con las especulaciones místicas.

El misticismo, así el ortodoxo como el heterodoxo, por lo que respecta al método, ó, más bien, al punto de partida de sus

especulaciones, ofrece dos aspectos muy diferentes; pues en algunos místicos tiene una base perfecta y rigurosamente científica; mientras que en otros descansa en cimientos completamente extraños á la ciencia. Las ideas más abstractas y los conceptos filosóficos más elevados sirven de preparación á los primeros para engolfarse en la más subida contemplación de la Divinidad; los segundos obtienen iguales resultados partiendo de las verdades de la fe creídas sencilla y humildemente.

Pertenecen á la primera clase los heterodoxos neoplatónicos de la escuela de Alejandría, Plotino, Porfirio, Proclo, etc., quienes desde las áridas sutilezas de la dialéctica se elevaron á cierta altura, para ir á despeñarse luégo en las profundidades del misticismo panteísta. Las mismas rutas siguieron los místicos alemanes del siglo XIV, Eckart, Taulero, Ruysbroek, etc. (1), de quienes decía Hegel que *en sus libros se halla el verdadero método de filosofar*;

(1) Entre ellos, unos enseñan proposiciones evidentemente panteísticas; otros las tienen, cuando ménos, muy sospechosas. Por ese motivo, creo que pueden ser colocados en la categoría de los místicos heterodoxos.

y á ellos pudiera agregarse, sin duda, el mismo Hegel juntamente con Schelling y Krause, cuyos sistemas ontológicos, bastante afines con los de aquéllos, tienen ademas ciertos lejos y sombras de misticismo.

Entre los ortodoxos merecen citarse S. Agustin, S. Anselmo, S. Buenaventura, y otros que, yendo á Dios por las vías de la ciencia, crearon una ontología mística profunda y sublime.

Nuestra Santa, totalmente ajena á las disquisiciones filosóficas, siguió otros derroteros; y en sus Obras no hay que buscar sino los vuelos místicos de un corazón abrasado por la llama de la caridad, ó la historia de las gracias y operaciones sobrenaturales de una alma que llega á la interior comunicacion y union con Dios; referido todo ello con un lenguaje llano y familiar, que, si bien revela el gran sentido práctico y las altas dotes intelectuales de la Doctora avilesa, con todo nada tiene que ver con los métodos ni las lucubraciones científicas.

Á eso aludiría, sin duda, la Santa cuando escribió con la ingenua y candorosa

humildad que le era propia: «Dicen que el
 »alma se entra dentro de sí; y otras veces
 »que sube sobre sí. *Por este lenguaje no*
 »*sabré yo aclarar nada, que eso tengo malo,*
 »*que por el que yo lo sé decir creo que me*
 »*habéis de entender, y quizá será sólo para*
 »*mí.» (1)*

Sería interesante, y útil á la vez, formar un cuadro en donde se presentasen reunidas las ideas capitales de la ontología mística ortodoxa. En él se vería cómo por los conceptos trascendentales de *sér, unidad, verdad, bondad y belleza*, asciende el alma á la contemplación de la Esencia Divina; en lo cual consiste el método de investigar á Dios sobre nosotros mismos. (2)

Hé aquí algunos ligeros apuntes, que creo no fuera difícil completar.

La idea de *sér*, fundamental y primitiva en nuestro espíritu, é indispensable elemento de todo acto intelectual, es para el místico luz emanada del foco de la

(1) *Morad. tercer., cap. 3.*

(2) *Contingit contemplari... Deum supra nos per lumen veritatis aeternae, cum ipsa mens nostra immediate ab ipsa veritate formetur.* D. Bonaventura, *Itinerarii mentis*, etc., cap. v.

Existencia Infinita para iluminar nuestra mente.

Si fijamos el ojo del entendimiento en el *sér*, considerado en su esencia misma, se nos ofrecerá como totalmente incompatible con el *no-sér*, dice S. Buenaventura; porque el *sér* purísimo y esencial no se concibe sino como la absoluta antítesis del *no-sér*, del mismo modo que la *nada* no puede pensarse sino como la completa y absoluta exclusion del *sér* (1). De donde se infiere que la *nada* carece de todo *sér* y de todas las condiciones y propiedades del *sér*; y que, por el contrario, el *sér* esencial no contiene en sí, ni actual ni potencialmente, ninguna de las privaciones de la *nada* ó el *no-sér*. De modo que, siendo la *nada* negacion del *sér*, claro está que nuestro entendimiento no puede concebirla sino mediante la idea del *sér*; mas el *sér* no es pensado con el auxilio de otra idea, sino directamente en y por sí mismo; por cuanto todo lo que ocurre á nuestra mente,

(1) *Defigat aspectum in ipsum esse, et videat ipsum esse adeo in se certissimum, quod non potest cogitari non-esse; quia ipsum esse purissimum non occurrit nisi in plena fuga non-esse, sicut et nihil in plena fuga esse. Id. ibid.*

ó es conocido como *no-sér*, ó como *sér* en potencia, ó como *sér* en acto. Y áun, si bien se mira, la *potencialidad* no puede ser imaginada, sino mediante el concepto de la *actualidad*, porque es una privacion, una negacion, y, por tanto, presupone la idea de su opuesto, que es el *acto* (1). Así, pues, el *sér* puro, el *sér* en plena y absoluta actualidad, es lo primero que se presenta á nuestra mente; y, no pudiendo este *sér* referirse á los entes particulares, limitados de suyo y compuestos de acto y potencia, es evidente que deberemos referirlo al *sér* de Dios. (2)

Grande es, pues, la ceguedad del entendimiento que no sabe detenerse á considerar este *sér*, que es lo primero que ve, y sin cuyo auxilio nada puede conocer. El que sepa meditar con sencillez de corazon estas verdades, será iluminado por la indeficiente luz de la Sabiduría Eterna; y, cuanto más ahincada sea su meditacion, y más

(1) *Igitur, non-ens non potest intelligi nisi per ens, et ens in potentia nonisi per ens in actu. Id. ibid.*

(2) *Sed hoc non est esse particulare, quod est arctatum, quia permixtum cum potentia... Restat, igitur, quod illud esse est esse divinum. Id. ibid.*

puros los afectos de su alma, tanto mayor será la abundancia de luz que vendrá de lo alto á iluminarle y abrasarle (1). Y comprenderá que ese Sér infinitamente bueno, conocido y poseído por el alma, la enaltece y beatifica.

Son no ménos filosóficamente profundos y afectuosos los conceptos que la idea del *sér* inspiró á S. Agustin. Segun el santo Doctor, si nos fijamos bien en aquella idea, veremos que la palabra *es* ó *existe*, tomada en su riguroso significado, no puede aplicarse sino á aquello que contiene absoluta y primordialmente el *sér* (2); sólo á aquello que ni se altera, ni cambia, ni se corrompe, ni pasa por las vicisitudes de lugar ni de tiempo; sólo á aquello, en fin, de lo cual puede con toda verdad afirmarse que *es*. Porque la palabra *ser* expresa el concepto de una naturaleza inmutable, que siempre permanece, y siempre dura. (3)

(1) *Si hæc vides in pura mentis simplicitate, aliqua'iter perfunderis æternæ lucis illustratione... Si hæc pura mente miraris, majori luce perfunderis.* Id. *ibid.*

(2) *Viderent id esse, quod summe ac primitive esse rectissime dicitur.* De moribus Manichæorum, cap. x.

(3) *Subest enim huic verbo manentis in se, atque incommutabiliter sese habentis naturæ significatio.* *Ibid.*

Tal es la naturaleza de Dios, á la cual sólo la *nada* se opone con verdadera y rigurosa oposicion; pues lo estrictamente contrario al *sér* es el *no-sér*. (1)

Estos conceptos enardecían el corazon del Santo, y, arrobándole en amorosa contemplacion, le hacían prorrumpir en exclamaciones tan bellas como ésta: «¿Hay acaso algun otro manantial de donde refluya hasta nosotros la existencia y la vida, fuera de Vos ¡oh, Dios mío! que nos hacéis y formáis, y que sois á un tiempo mismo el sumo existir y el sumo vivir?» (2)

Igualmente notable es la ontología de S. Anselmo. Héla aquí compendiada en breves líneas.

La idea de *sér* entraña la necesidad absoluta de una Suprema Existencia; porque, desde el momento en que hay diversidad de ser y de modos de ser, preciso es que haya un Principio único en el cual se halle el *sér* en toda su hermosísima y

(1) *Esse, enim, contrarium non habet nisi non-esse. Id. ibid.*

(2) *An ulla vena trahitur aliunde qua esse et vivere currat in nos, præterquam quod tu facis nos, Domine, cui esse et vivere non aliud atque aliud est, quia summe esse atque summe vivere idipsum es?* Confess. lib. I., cap. VI.

fecunda plenitud, y la causa, la razon y el origen, de todos los séres que participan más ó ménos de la existencia. (1)

Y, siendo esto así, claro está que sólo Dios existe verdaderamente; porque sólo Él contiene en su Soberana Esencia la infinita totalidad del *sér*; mas lo que no es Dios, no posee sino algo de *sér*, algo contingente y variable que ha pasado de la nada al *sér*, y que volvería á la nada, si la continua accion de otro que no es él mismo, no le conservase en la existencia. En suma, de todos los entes que no son Dios, puede afirmarse que tuvieron un *sér* que ahora ya no tienen, y que serán en lo sucesivo lo que todavía no son actualmente; y, por lo mismo, á ninguno de ellos le compete, propia y absolutamente hablando, el *sér*. (2)

(1) *Certissimum est quia quæcumque dicuntur aliquid, ita ut ad invicem magis aut minus aut æqualiter dicantur, per aliud dicuntur, quod non aliud et aliud, sed unum intelligitur in diversis... Est, igitur, unum aliquid summæ magnum et summæ bonum, id est, summum omnium quæ sunt.* Monolog. cap. 1.

(2) *Tu solus, Domine, es quod es; et tu es qui es... In quo aliquid est mutabile, non omnino est quod est;... et quod habet fuisse, quod jam non est, et futurum esse quod nondum est, id non est proprie et absolute.* Proslog. cap. XXII.

En Dios todo es sér, sér absoluto, simplicísimo, plenísimo, inmutable, sin pasado ni futuro, que no puede concebirse como no existente, porque su existencia es absolutamente necesaria. Por eso Dios es vida, luz, sabiduría, bienaventuranza, eternidad, y toda perfección, y todo bien, que de nada ni de nadie necesita, cuando todas las demás cosas tienen necesidad de Él para existir. (1)

¡Qué diferente forma reviste la idea del sér en manos del racionalismo trascendental! Compárese, por ejemplo, la teoría hegeliana con la de los insignes filósofos cristianos que se acaba de leer, y se verá qué abismo media entre una y otra.

Hegel, á pesar de su indisputable talento, baraja y confunde lastimosamente las ideas del sér y de la nada, haciendo derivar de ellas todas las cosas. Hé aquí cómo.

(1) *Tu es qui proprie et simpliciter es; quia nec habes fuisse, aut futurum esse, sed tantum præsens esse, nec potes cogitari aliquando non esse. Sed et vita es, et lux, et sapientia, et beatitudo, et aternitas, et multa hujusmodi bona; et tamen non es nisi unum et summum bonum, tibi omnino sufficiens, et nullo indigens; quo omnia indigent ut sint, et bene sint. Ibid.*

El *sér*, ántes de que haya tomado una forma determinada, es tal, que puede decirse de él que *á un mismo tiempo es y no es*, que es todas las cosas en general, y que no es nada en particular (1). Pero esta *idea*, que juntamente es nada y todas las cosas, se opone á sí misma otra *idea*, que es su propia negacion. Mas estas dos ideas no pueden permanecer por largo tiempo en este estado de oposicion; así es que la fuerza dialéctica de que ambas están dotadas, hace brotar una tercera, que es la resultante, y, en cierto modo, la *verdad* de una y otra.

En efecto, el *sér*, cuando lo negamos, cuando le oponemos la *nada*, no queda destruído, no desaparece, como imaginamos á primera vista, sino que subsiste y permanece, bien que modificado por la nada (2). ¿En qué consiste esa modificacion? En que el *sér* va continuamente á la *nada*,

(1) *Si l'on considère l'Etre avant qu'il ait pris aucune forme déterminée, on voit que l'on peut dire de lui qu'il est, et qu'il n'est pas en même temps. Il est tout et il n'est rien; il est tout en général, mais il n'est rien de particulier. Logique subjective, traduite par H. Sloman, pag. 2.*

(2) *L'Etre ne disparaît pas, comme on le pourrait croire, dans l'idée du non-être ou du néant que nous lui opposons. Ibid., pag. 3.*

y la *nada* va incesantemente al *sér*; y ese perpetuo vaiven, ese constante trasiego, constituye el verdadero principio de la generacion de todas las cosas, *del sér engendrado por la nada, y de la nada engendrada por el sér.* (1)

Ninguna cosa, pues, existe de una manera absoluta, porque todas ellas van del *sér* á la *nada*, y de la *nada* al *sér*. El mundo no es más que un continuo desenvolvimiento que hace que cada forma venga á ser lo que ántes no era. En otros términos: el *llegar á ser* es la verdadera forma, la verdad del *sér*. La *Nada* y el *Sér* no son ideas verdaderas, por más que nos lo hayan parecido á primera vista; porque *nada hay verdadero más que el llegar á sér.* (2)

Este *sér-nada*, esta cosa que no es *puro sér* ni *pura nada*, sino un término medio

(1) *Nous avons à présent l'Être qui va au néant, et le néant qui va à l'Être. Nous assistons en quelque sort à l'enfancement progressif du rien par l'Être et de l'Être par le rien.* Ibid.

(2) *Le DEVENIR est la vraie forme ou la vérité de l'Être... L'Être et le Rien ne sont donc point des idées vraies, b'en que d'abord ils nous aient paru tels. Il n'y a rien de vraie que le devenir.* Ibid., pag. 4.

entre el *sér* y el *no-sér*; en una palabra, *el llegar á ser*, ved ahí la única realidad, la verdad única, el único Dios de Hegel, quien no titubea en lanzar amargas censuras contra la *antigua Metafísica*, porque define á Dios partiendo de la *suposicion de que es un Sér absoluta y soberanamente real*.

De modo que, miéntras la ontología mística, analizando á la luz de la sana razon y del buen sentido la idea del sér, se eleva al conocimiento, á la contemplacion y al amor de Dios, la ontología trascendental, precipitándose por la resbaladiza pendiente de su orgullo, viene á caer, herida de muerte, en las frías y tenebrosas profundidades del panteísmo y de la nada. (1)

(1) Sería muy de desear que la ciencia racional y la mística se comunicasen mutuamente la saludable y recíproca influencia de que tanto necesitan, y que por su índole y naturaleza están llamadas á ejercer. Uno mismo es el objeto de entrambas; sólo que lo consideran bajo diferente aspecto. Una y otra van en prosecucion de lo *infinito*, que es la aspiracion suprema del alma: la primera, para *conocerlo*; la segunda, para *sentirlo*.

«De dos modos se despliega la actividad humana en el seno de la Iglesia, conocidos bajo el nombre de escolástica y de mística: la escolástica, cuyo objeto es la verdad; la mística, cuyo objeto es el bien; y las dos corresponden asimismo á las facultades por las cuales el alma conoce y

Más de relieve aparecería aún el contraste, si, continuando el parangón entre una y otra ontología, prosiguiese en el análisis de las ideas de *verdad*, *unidad*, *belleza*, etc. Pero me detengo aquí, por no alargar demasiado las dimensiones de este apéndice.

«desea, comprende y ama, cuya armonía forma el tono perfecto del sér y de la vida; la escolástica, que debe regular y mantener la mística en los términos de la verdad; y la mística, que debe vivificar y realizar las percepciones de la escolástica. Sin la mística, la escolástica declinaría, como tantas veces ha hecho, hacia el racionalismo; sin la escolástica, la mística declinaría, y ha también declinado, hacia el iluminismo. Pero la Iglesia, por medio de todos sus grandes Doctores, ha equilibrado siempre estas dos tendencias, la una por la otra, sirviéndose de ellas para desplegar, sin extravío y sin exceso, todas las potencias del alma en la plenitud y la infinidad de la perfección. La una se halla más particularmente expresada en la *Suma* de santo Tomás, y la otra en el libro de la *Imitación*; la *Suma*, que quedará siempre como un monumento incomparable de la inteligencia humana elevada á una región de ángel, hacia el cual volverán la vista todas las generaciones, como hacia un faro de verdad; la *Imitación*, que pasará de edad en edad, como un elixir de vida, para reanimar todos los delirios, é inspirar todos los santos deseos.»

A. Nicolas, *Del Protestantismo*, libr. I., cap. I.

Este libro, que es el primer de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.

Este libro, que es el segundo de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.

Este libro, que es el tercer de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.

Este libro, que es el cuarto de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.

Este libro, que es el quinto de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.

Este libro, que es el sexto de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.

Este libro, que es el séptimo de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.

Este libro, que es el octavo de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.

Este libro, que es el noveno de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.

Este libro, que es el décimo de la serie, trata de la vida de Moisés, desde su nacimiento hasta su muerte. El autor, que no se conoce, sigue un orden cronológico y narra los hechos con un lenguaje sencillo y claro. El libro está dividido en capítulos y se trata de una obra de gran valor literario y religioso.



APÉNDICE

AL

ARTÍCULO TERCERO.

HECHOS INTERNOS DEL ÓRDEN SOBRENATURAL.

(VÉASE LA PÁGINA 41.)

EN el nombre genérico de *hechos internos sobrenaturales* van comprendidos los *raptos*, *éxtasis*, *visiones*, etc. No me he concretado á ninguno de ellos en particular, porque evidentemente no es esto lo que exige la índole del tema elegido. En él se plantea pura y simplemente una cuestion de criteriología, á saber: si el testimonio de Teresa de Jesus, dadas las cualidades extraordinarias

de talento, aptitud y sinceridad de la insigne escritora, es suficiente para afirmar la realidad de los hechos sobrenaturales que nos refiere.

Creo haber probado que, una vez admitida la posibilidad de dichos fenómenos internos sobrenaturales, no hay otro criterio para conocerlos que el de la conciencia, acompañada del instinto intelectual que nos arrastra invenciblemente á asentir á cierta clase de verdades.

Ampliando ligeramente lo que llevo dicho en el artículo tercero, añadiré que aquí hay dos cuestiones que no deben ni pueden ser confundidas: una que se refiere á la *legitimidad* del criterio señalado; y otra que tiene por objeto la *integridad* del mismo en el caso concreto que se haya de examinar; porque es evidente que un criterio cualquiera, por más que en general sea legítimo, puede estar falseado en circunstancias dadas.

Esto es lo que, al parecer, quiere significar Benedicto XIV cuando dice que, «no pudiendo dar testimonio de las apariciones, revelaciones, etc., *nadie más que aquel á quien hayan sido hechas*, para ser

» fehaciente este testimonio es indispensable que sea de mayor excepcion » (1)

Y, refiriéndose el precitado autor precisamente á las visiones y revelaciones de nuestra Santa, añade que, segun el dictámen de los Auditores de la Rota que instruyeron el expediente de canonizacion, llevan tal sello de verdad, y van acompañadas de circunstancias tan especiales; que pueden servir de seguro criterio y norma para resolver todos los casos análogos. (2)

(1) *Cum enim visiones et apparitiones solus testari possit is, cui factæ sunt, hic, ut in propria re fidem mereatur, debet esse omni exceptione major, adeoque virtutibus heroicis præditus.* De Servorum Dei beatific., etc., lib. III., cap. LII.

(2) *Præcipue ponderanda est relatio Auditorum Rotæ in causa S. Teresiæ, cujus cæ fuerunt visiones, apparitiones, et revelationes, ut Card. Bona affirmaverit ex earum qualitatibus cæterarum valorem esse explorandum.* Ibid.



elabore el presente informe de modo que
 se vea de un modo claro y preciso
 el estado de los negocios de la
 Compañía y de las oficinas de la
 misma, para que se pueda tener
 una idea clara de lo que se
 trata y de lo que se desea
 conseguir.

En consecuencia, se pide a V. E.
 que se sirva de ordenar a los
 señores Caballeros de esta
 Compañía que se ocupen de
 cumplir lo que se les ha
 mandado en este punto, para
 que se pueda tener una idea
 clara de lo que se trata y de
 lo que se desea conseguir.

En consecuencia, se pide a V. E.
 que se sirva de ordenar a los
 señores Caballeros de esta
 Compañía que se ocupen de
 cumplir lo que se les ha
 mandado en este punto, para
 que se pueda tener una idea
 clara de lo que se trata y de
 lo que se desea conseguir.



APÉNDICE

AL

ARTÍCULO CUARTO.

SANTA TERESA DE JESUS Y EL MISTICISMO
PANTEÍSTA.

(VÉASE LA PÁGINA 62.)

COMO nuestros místicos hablan frecuentemente de *union con Dios*, y de *visiones y revelaciones de la Divinidad*, no ha faltado quien supusiese natural parentesco entre el misticismo ortodoxo y los iluminados y visionarios de las escuelas y sectas panteístas.

Nada más infundado y absurdo. No sólo difiere notablemente el lenguaje de

nuestros místicos del que usan los heterodoxos, como insinué en el artículo cuarto, sino que sus doctrinas estriban en principios diametralmente opuestos.

La *union con Dios* á que aspira el místico ortodoxo, está fundada en el *amor*; y la doctrina católica acerca del *amor de Dios* es precisamente la negacion más radical y completa de las teorías panteísticas.

En efecto, el amor constituye el fondo, la esencia del Catolicismo; es el alma de nuestro dogma, de nuestra moral y de nuestro culto; es un principio fecundizador que todo lo llena, todo lo informa y vivifica.

El amor preparó la rehabilitacion de la humanidad prevaricadora, desarmó el brazo de la Justicia divina, y realizó la *union* más estrecha, más íntima y misteriosa que puede imaginarse, entre Dios y el hombre, por medio de la encarnacion del Verbo en la naturaleza humana.

El amor, pues, en el Catolicismo lo es todo. Levanta al hombre hasta Dios, y hace que Dios descienda hasta el hombre, para juntarlos en lazo de union perpetuo é indisoluble. Mas, notadlo bien, este lazo

divino siempre une, siempre estrecha, pero nunca jamás *identifica ni confunde*. Es éste un dogma fundamental de la fe católica.

Segun ella, el Verbo encarnado, es decir, *hecho hombre* para que nosotros fuéramos *hechos hijos de Dios*, es el dechado y ejemplar sublime de la union de Dios con el hombre; con todo, y á pesar de ser tan subida esta union, que no hay en Cristo más que *una sola persona*, las dos naturalezas, la divina y la humana, conservan íntegras y completas y sin confusion alguna, sus respectivas propiedades y operaciones. (1)

De modo que el ideal que el Catolicismo aspira á realizar en todas las almas, el amor divino, es un vínculo de union que, por estrecho que se le suponga, nunca jamás alcanza á borrar la infinita distancia que media entre la criatura y el Criador.

(1) *Christum*, dicen los PP. del concilio de Calcedonia, *in duabus naturis inconfuse, incommutabiliter, indivise, inseparabiliter agnoscendum, nusquam sublata differentia naturarum post unionem, magisque salva proprietate utriusque naturæ, et in unam personam atque subsistentem concurrente.*

Podrá, sí, establecerse íntima é inefable comunicacion entre Dios y el hombre; pero nunca jamas la Esencia Divina llegará á *identificarse* con la naturaleza humana; ésta jamas irá á abismarse en el piélago de la Existencia Infinita.

Ésta es la base de donde arranca el misticismo ortodoxo. Por eso, sin duda, nuestros místicos recomiendan eficazmente la necesidad de meditar en la sacrosanta Humanidad de Jesucristo, modelo del amor que, *uniendo sin confundir*, cierra la puerta á los soñados delirios de las doctrinas panteísticas.

Es digno de leerse, á este propósito, el capítulo xxii de la *Vida* de nuestra mística Doctora, en donde refiere el *peligro en que se vió* por querer conformarse con lo que leía en ciertos libros de oracion que enseñaban ser necesario á aquellos *que se alleguen á contemplar en la Divinidad, apartar de sí toda imaginacion corpórea*, porque, *aunque sea la Humanidad de Cristo, á los que llegan ya tan adelante, embaraça ó impide á la más perfecta contemplacion.*

Esta doctrina entendió la Santa más

adelante que era *engaño y grande yerro* (1), y da gracias á Dios por haberla sacado de él, y haberle concedido luz para conocer que, cuando el Señor ha de hacernos grandes mercedes, *quiere que sea por manos de esta Humanidad Sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita.*

El alma que desea alcanzar los grados superiores de la oracion, entiende que la Humanidad de Cristo nuestro Señor es *la puerta por donde hemos de entrar, si queremos nos muestre la Soberana Majestad grandes secretos.* Y, áun la que esté en la *cumbre de la contemplacion, no quiera otro camino, que por aquí va segura.*

Éste es el que siguieron los santos grandes contemplativos. Á S. Pablo *no parece se le caía de la boca siempre JESUS, como quien le tenía bien en el corazon. San Francisco da muestra de ello en las llagas; S. Antonio de Padua, en el niño. S. Ber-*

(1) ¿Se referirá á los libros de los místicos alemanes, Taulero, Suso y Ruysbroeck, que, como dice Menéndez Pelayo (*Heterodoxos, tom. II, pag. 524*), á principios del siglo XVI compartían entre nosotros el aplauso con el *Kémpis*, el *Contemptus mundi* y la *Escala Espiritual*, y áun los oscurecían, y eran más leídos que ellos?

nardo se deleitaba en la Humanidad. Y así otros muchos, que sería largo referir.

Sólo cuando esté muy aprovechada el alma, *podrá apartarse de lo corpóreo; pero ni aún entónces ha de entrar en esta cuenta la Sacratísima Humanidad de Cristo*

Así se expresa textualmente la gran Maestra, y sus palabras son eco fiel del espíritu y las tendencias del misticismo ortodoxo. El heterodoxo prescinde, por punto general, de la Humanidad de Cristo, para ir á engolfarse libremente en especulaciones ontológicas, que se avienen mucho mejor con la embriaguez contemplativa de que suele estar poseído. Y, si alguna vez se fija en el augusto misterio de la Encarnación, raro será que no lo desfigure y mutile bárbaramente, vaciándolo, como es costumbre entre los antiguos y los modernos iluminados, en el molde de las teorías panteísticas.

Así, os dirá, por ejemplo, que, para llegar á ser dignos del amor de Dios, es preciso que *nos convirtamos en Hijos suyos, esto es, en Verbo Eterno, por una generación idéntica á la que da origen en el seno*

de la Divinidad á la procesion del Hijo. Que esto se consigue despojándonos de todo lo que es en nosotros *humano*; porque Cristo, en realidad de verdad, *no era hombre*, sino que estaba pura y simplemente *revestido* de nuestra naturaleza. Cuando sepamos nosotros prescindir de ella, atendiendo sólo á nuestro origen divino, entónces el Padre, por una necesidad de su propia naturaleza, *quiera que no*, se ve obligado á engendrar á su Único Hijo en nuestras almas; y nos da todo lo que dió á Cristo; *viniendo á ser nuestra alma el mismo Único Hijo sin diferencia alguna.* (1)

Éstos y otros monstruosos engendros suele abortar la imaginacion del místico á quien falta el apoyo de la Sacratísima Humanidad de nuestro Señor; que carecer de esta base *es andar el alma en el aire, como dicen, porque entónces no trae arrimo, por mucho que le parezca anda llena de Dios;*

(1) *Dieu m'y donne tout ce qu'il donna jamais à Christ, je deviens moi-même le Fils unique sans différence.* Eckart, citado por M. Ch. Schmidt, *Etudes sur le Mysticisme allemand au XIV^e siècle.* (En el tomo II de las Memorias de la Academia de Ciencias políticas y morales del Instituto de Francia, pag. 312.)

y así, *es gran cosa, mientras vivimos y somos humanos, traerle humano.* (1)

Ese afán de apartar de sí todo lo corpóreo, que caracteriza al falso misticismo, es natural consecuencia de su procedimiento esencialmente ontológico.

Ya hemos visto que los místicos ortodoxos se apoyan en el conocimiento propio para levantarse á la contemplacion de Dios; y que, cuando *suben sobre sí*, nunca dejan de *acudir á su propia bajeza*.

Los heterodoxos, dando otra direccion y otra base á sus especulaciones, se colocan de un salto, si se permite la frase, en el seno mismo de la Divinidad, y, una vez allí, imaginan conocer á Dios y comprenderle de igual modo que Él se conoce y comprende á Sí mismo. «No lo dudes, *dice uno de ellos*; Dios te descubre y patentiza todo lo que hay en su divina Esencia; y, si más hubiera, más te revelaría, sin poderéte lo ocultar de ningun modo.» (2)

(1) *Vida*, loc. cit.

(2) *Il te donne tout ce qu'il y a; et c'est une vérité incontestable, une vérité nécessaire... que si Dieu avait encore davantage, il ne te le cacherait point, il te le donnerait; et l'eût-il juré, il ne pourrait s'empêcher de te le donner.* Eckart, loc. cit., pag. 299.

De aquí al panteísmo no media más que un paso, y pronto lo da la inteligencia seducida y extraviada por la imaginación. Porque, si Dios manifiesta al justo todos los arcanos y misterios contenidos en la Esencia Infinita, claro está que la convierte en otro Dios, que le comunica el *sér* y *todas las propiedades de la naturaleza divina, haciéndole en un todo igual é idéntico á Sí mismo* (1). De suerte que, si el alma justificada pudiese verse á sí misma, creería que es Dios, y *no pudiera ménos de creerlo, porque ha llegado á ser perfecta y esencialmente una misma cosa con Dios.* (2)

¿Qué afinidad tienen semejantes delirios con las doctrinas de los místicos ortodoxos? Estos jamas han enseñado que la contemplación, ni áun la más subida, haga patentes al alma los insondables misterios de la Divinidad. Grandes secretos, sí, y

(1) *Dieu donne au juste un être divin;... le juste prend toutes les qualités de la nature divine, il est égal à Dieu; Dieu est la justice, et quiconque est dans la justice, est en Dieu, et est Dieu lui-même.* Eckart, *loc. cit.*, pag. 309.

(2) *Si l'ame pouvait se voir elle-même, elle se prendrait pour Dieu; elle doit même se prendre pour Dieu, car elle est devenue parfaitement, essentiellement une avec lui.* Taulero, *loc. cit.*, pag. 376.

verdades altísimas descubre Dios al alma contemplativa; pero esta revelacion da solamente *alguna noticia de lo que pasa en el cielo* (1). Poco importa que Dios *haya robado toda el alma para Sí, y la haya hecho cosa suya propia, y esposa suya; aun estando tan hecha una cosa con Dios, y metida en el aposento del cielo empíreo, sólo se le va mostrando una partecita del reino que ha ganado* (2). Y, aunque á veces esté *tan junto su Majestad, que no se puede decir, ni es posible, el alma no ve más que una sombra y manera de nube de la Divinidad, que bien se dice sombra, porque con claridad acá no la podemos ver.* (3)

(1) Sta. Teresa, *Vida*, cap. XXVII.

(2) *Morad. sext.*, cap. 4.

(3) *Concept. del amor de Dios*, cap. v.

S. Juan de la Cruz, con ser uno de los místicos ortodoxos más exaltados, evita cuidadosamente que pueda darse á sus palabras un sentido favorable á los ensueños del iluminismo. Hé aquí una prueba, entre otras mil:

Habiendo dicho que el alma, al llegar á cierto grado de comunicacion con la Divinidad, *siente y conoce ser Dios todas las cosas*, esto es, segun él mismo lo explica, que *todas las grandezas que hay en las criaturas están en Dios eminentemente en infinita manera* (que es lo que enseña la teología católica); añade que *no se ha de entender que todo lo que aquí se dice que siente el alma, es como ver todas las cosas en la luz, ver las criaturas en Dios;... ni tampoco se ha de entender*

Ni tampoco es tal la *union* de nuestros místicos, que en virtud de ella quede absorbida la individualidad del alma por el sér de Dios. Antes, por el contrario, despierta y aviva la conciencia de nuestra personalidad, haciéndonos comprender y sentir cuán inmensamente dista del Criador la criatura; *que claro está, como dice nuestra Doctora, que parece una cosa blanca muy más blanca cabe la negra, y, al contrario, la negra cabe la blanca.*

Verdad que *union* es cuando *dos cosas divisas se hacen una* (1); y que, cuando el celestial Esposo se junta con el alma predilecta, *es como si cayendo agua del cielo en un río ó fuente, á donde no podrán ya dividir y apartar cuál es el agua del río, ó la que cayó del cielo; ó como si en una pieza*

que, porque el alma sienta tan subidamente a Dios, ve á Dios esencialmente y claramente, que no es sino una fuerte comunicacion y vislumbre de lo que Él es en Sí. (Declaracion del cántico espiritual, canciones XIV y XV.)

¡Ni que hubiese previsto el extático Doctor de Hontivéros que la crítica racionalista se había de empeñar en confundirle con la turba multa de los iluminados del moderno filosofismo que han alcanzado *intuicion de lo Absoluto, directa y en vista real!!!*

(1) *Vida*, cap. XVIII.

estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace toda una luz; porque, como dice S. Pablo, el que se arrima y allega á Dios, se hace un espíritu con Él. (1)

Pero ¿se quiere significar acaso con estas comparaciones que el *matrimonio espiritual* sea un lazo que estrecha, hasta confundirlos en uno, el *sér* del alma y el *sér* de Dios? De ningun modo. Buen cuidado tiene la avisada Maestra de advertir que este vínculo espiritual ni siquiera es indisoluble. La ingratitud puede romperlo; y, en tal caso, la caída es tanto más fatal y lastimosa, cuanto mayores son las alturas de donde viene el alma á despeñarse.

«¿Parece que quiero decir que, en llegando el alma á hacerle Dios esta merced, está segura de su salvacion, y de tornar á caer? No digo tal; y en cuantas partes tratare desta manera, que parece que está el alma en seguridad, se entienda miéntras la divina Majestad la tuviere ansí de su mano, y ella no le ofendiere; al ménos sé cierto que, aunque se ve en

(1) *Morad. sétim.*, cap. 2.º

este estado, y le ha durado años, que no se tiene por segura, sino que anda con mucho más temor que ántes en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios.» (1)

Es tan clara la conciencia que de sí adquiere el alma en este subidísimo grado de union, que ve, *no sólo las faltas grandes, sino un polvito que haya* (en sí misma), *por pequeño que sea*. Tan léjos está de imaginarse *deificada*, al modo de los místicos alemanes, que, al llegar á aquellas sublimidades en donde *le da el Sol de Justicia que le hace abrir los ojos*, ve en sí misma tantas motas, que los querría tornar á cerrar. Porque aún no es tan hijo desta águila caudalosa, que pueda mirar este Sol de hito en hito; mas, por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Pero, al apartar la vista de su miseria, y fijarla en aquel Sol que con sus ardores la abrasa é ilumina, *quédase absorta, espantada, desvanecida, de tantas grandezas como ve*. Y, comparando con su propia pequeñez tanta grandeza, aprende y gana la verdadera humildad. (2)

(1) *Morad. sétim.*, cap. 2.^o

(2) *Vida*, cap. xx.

Estas son las doctrinas del misticismo ortodoxo. Nunca, ni aún en la pluma de las mujeres, le veréis desviarse de los rectos caminos de la sana razon y la sana filosoffa.



ÍNDICE.

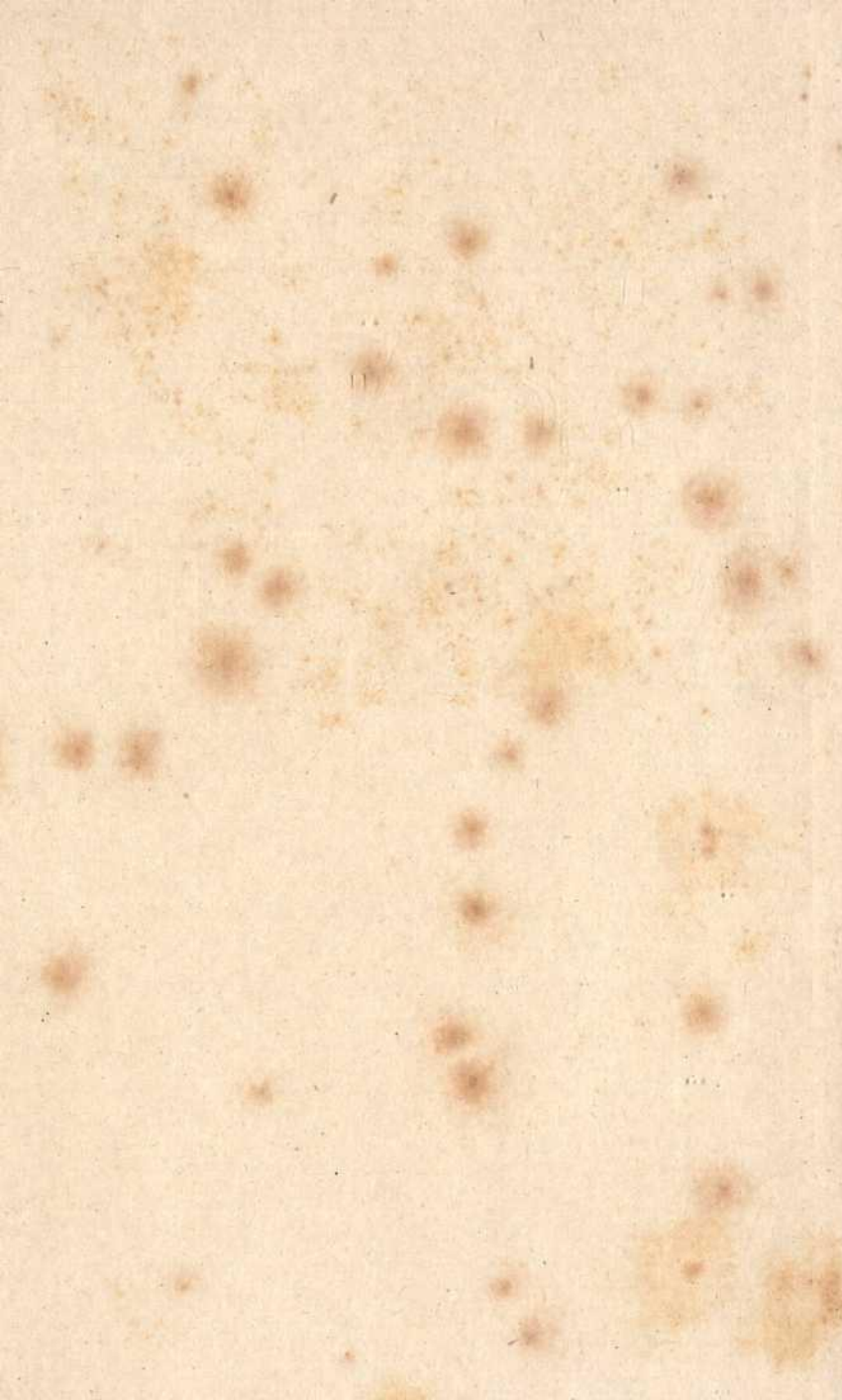
	<u>PÁGINAS</u>
Prólogo.	I
Introduccion.	I
I Realidad del orden sobrenatural y del misticismo cristiano	5
II Talento filosófico y aptitud de Sta. Teresa para juzgar de los fenómenos internos del orden sobrenatural.	23
III Realidad de los hechos internos sobrenaturales afirmados por Sta. Teresa.	41
IV Carácter del misticismo de Sta. Teresa de Jesus.	57
•	
APÉNDICES AL ARTÍCULO PRIMERO.	
I Las ideas necesarias y universales.	73
II El orden sobrenatural.	84
APÉNDICES AL ARTÍCULO SEGUNDO.	
I Teología mística.	93
II Psicología mística.	112
III Cosmología mística.	128
IV Ontología mística.	140

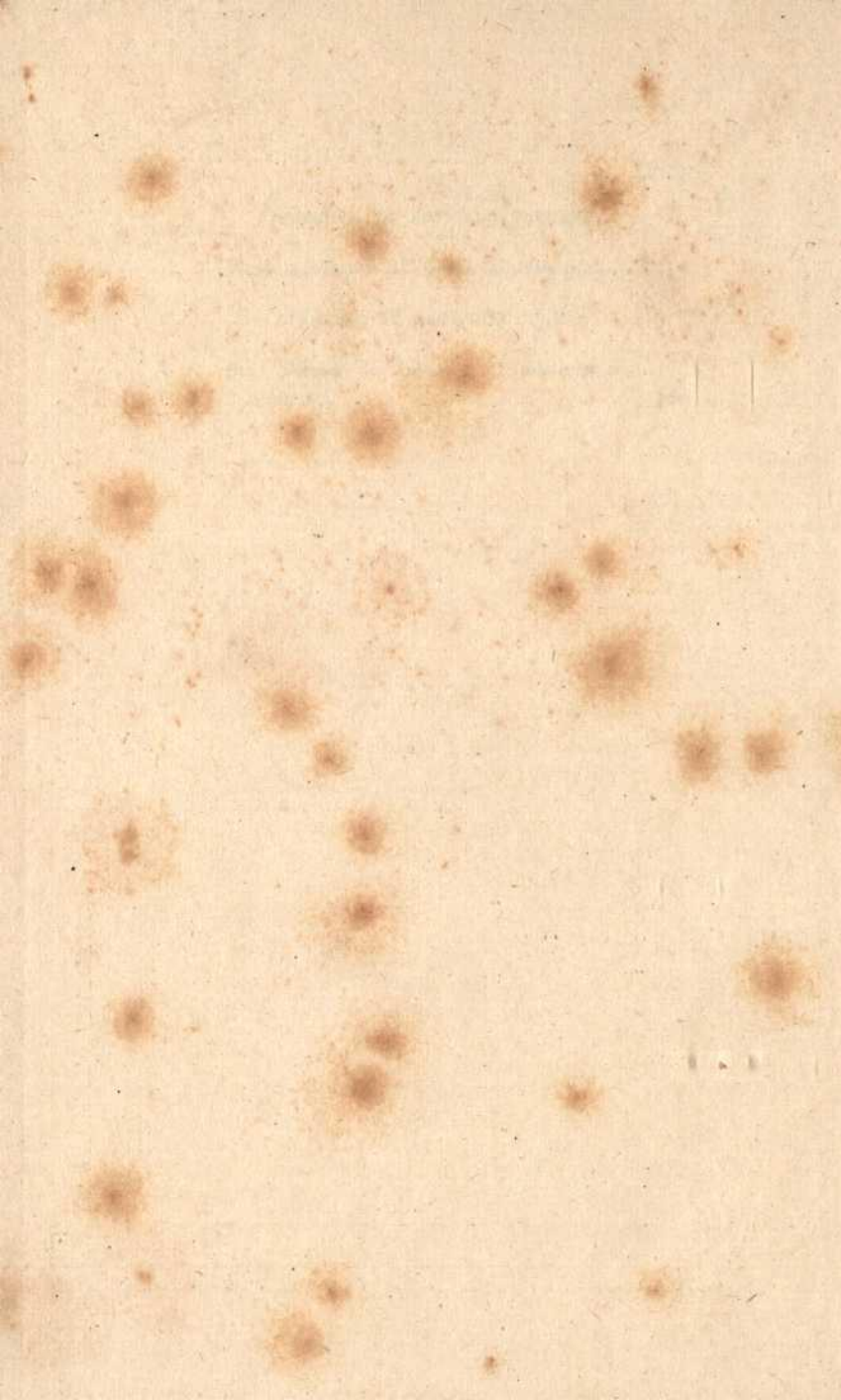
APÉNDICE AL ARTÍCULO TERCERO.

Hechos internos del orden sobrenatural. 155

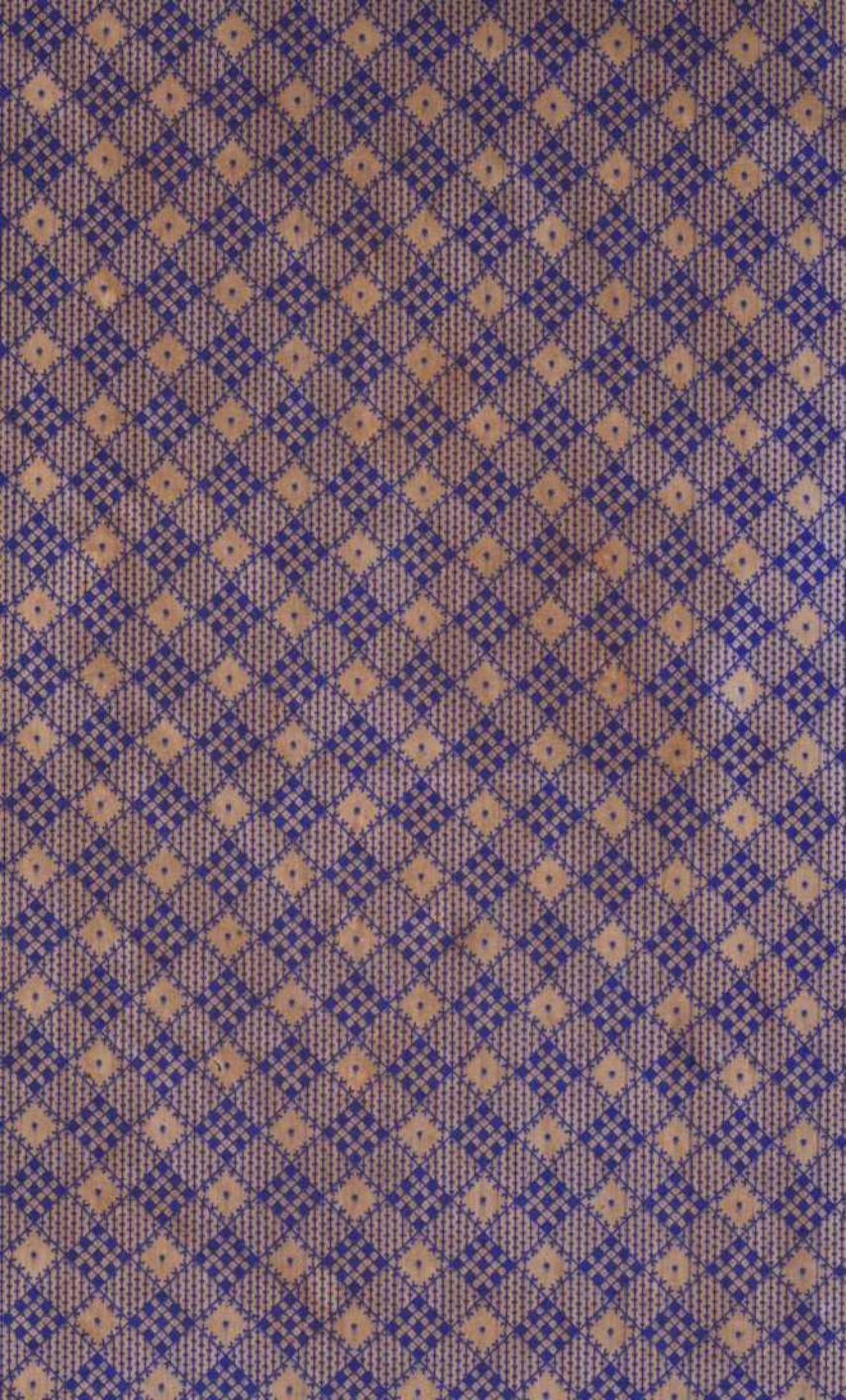
APÉNDICE AL ARTÍCULO CUARTO.

Sta. Teresa de Jesus y el misticismo
panteísta. 160









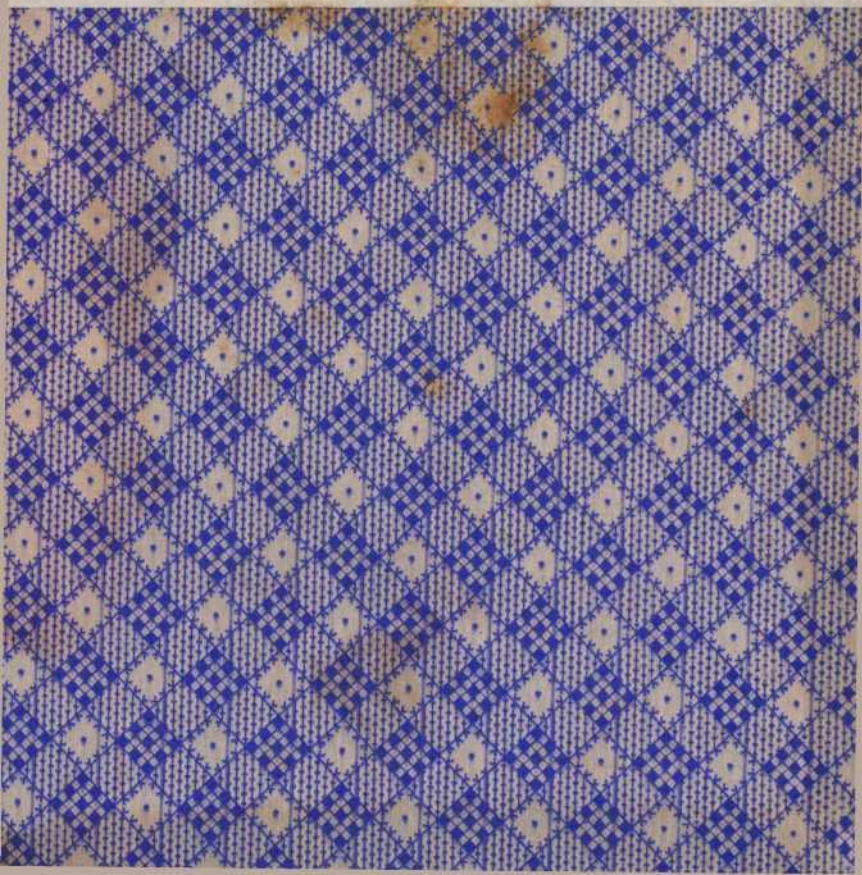
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

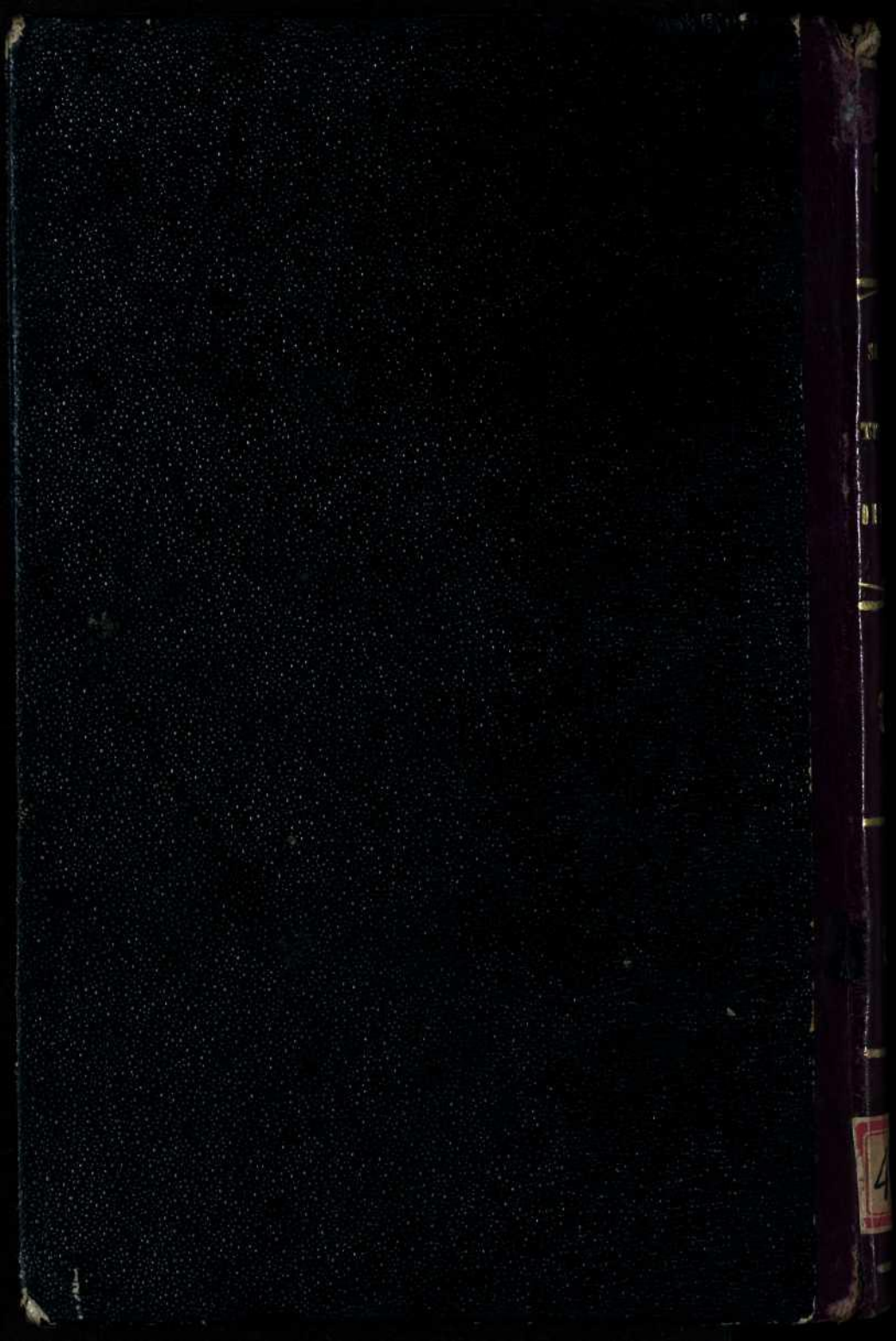
BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	499	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	3	Precio de adquisición. »
Tabla.....	6	Valoración actual.....	»







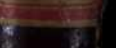
SAIN TA

TERESA

DE JESU

DE JESU

DE JESU



499.